

2009-01-01

Farsas de la memoria y otros relatos

César Silva-Santisteban

University of Texas at El Paso, csilva3@utep.edu

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Fine Arts Commons](#), and the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

Silva-Santisteban, César, "Farsas de la memoria y otros relatos" (2009). *Open Access Theses & Dissertations*. 359.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/359

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

**FARSAS DE LA MEMORIA
Y OTROS RELATOS**

CÉSAR SILVA-SANTISTEBAN

DEPARTMENT OF CREATIVE WRITING

APPROVED:

Luis Arturo Ramos, MFA, Chair

Benjamin Alire Sáenz, Ph.D.

Pedro Pérez del Solar, Ph.D

Patricia D. Witherspoon, Ph.D
DEAN OF THE GRADUATE SCHOOL

FARSAS DE LA MEMORIA

Y OTROS RELATOS

BY

CÉSAR SILVA-SANTISTEBAN

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in partial fulfillment

of the requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

August 2009

Tabla de Contenidos

Prefacio _____	I
----------------	---

Indicios de vida

Monólogo de un clochard _____	23
Monólogo de un parricida _____	24
Monólogo de un cuerpo en tierra _____	25
Monólogo de un homo lupus _____	27
Monólogo de Adán en el Paraíso _____	28
Monólogo de un viejo cronista _____	29
Monólogo de un ahorcado _____	31
Monólogo de una estatua, o Matabatumba _____	33

Farsas de la memoria

La bailarina inmóvil _____	36
Anatomía _____	45
La virgen de los rosarios _____	55

La mezquita _____	67
El último día de Anatole Deibler, Ejecutor de Obras Altas _____	93
Curriculum vitæ _____	125

Prefacio

Juger, c'est de toute évidence ne pas comprendre puisque, si l'on comprenait, on ne pourrait pas juger.

Andre Malraux, LES CONQUÉRANTS

§→ Luego de tantos siglos de literatura, todo lo que pueda decir con respecto al acto narrativo será, estoy seguro, una vulgaridad. Además, que yo intente explicar de alguna manera las historias que se presentan en las siguientes páginas es un acto de arrogancia imperdonable. Pero, hay cosas que uno se ve obligado a hacer, aunque haga trizas su incierta reputación de hombre con sentido común. Naturalmente, me consuelo pensando que al menos mi reputación sirva para ser destrozada y así, de paso, justifico el errátil discurso de este prólogo. Con todo, trataré de aprovechar mis limitaciones y dejaré que las ideas naveguen a la deriva, llevadas por la marea de los sentimientos, las pasiones, el carácter. Veremos si también puedo, de vez en cuando, echar mano a la voluntad.

§→ He tratado de fabricar estos relatos teniendo en mente no las anécdotas sino algunas composiciones musicales y ciertos dibujos en blanco y negro. Puede resultar extraño, pero no he podido escribir de otra manera. Lo primero que me sucedió fue la

vaga percepción de una imagen, dos a lo sumo, ya que en esencia intuí muy pocas formas: bocetos de trazos insinuados, partituras con un simple contrapunto. No vislumbré tramas ni conflictos; a lo más, sentí una mirada, un gesto de manos, una tesitura de voz. Entonces, con el paso de los días o las semanas, por lo general mientras hacía otras cosas, se me aparecía de súbito la línea introductoria del cuento. El resto resultó ser un largo proceso, ocioso e inconsciente, en el cual no apunté ni una palabra; todo lo que sucedió fue un discurrir de frases que registró mi memoria para olvidarlas y recordarlas después, con notables modificaciones. Cuando ya tuve un párrafo entero en la cabeza, recién lo escribí. Podía transcurrir mucho tiempo hasta que se completara así otro párrafo, pero, como fuera, me sentí bastante cómodo con ese lerdo método de imaginación. Casi nunca supe lo que pasaría en la siguiente página. Siempre tuve la impresión de que el cuento se hacía solo. Sin embargo, apenas comprendía bien de qué se trataba me sumergía en las bibliotecas para tener claro el contexto de lo que estaba sucediendo y enmendaba la plana. El producto normal de todo ello, por lo tanto, fue una literatura anfractuosa y desigual, aunque me esforcé para que no equivaliera al tipo de literatura que nos dejó el existencialmente torturado Gregorio Nacianceno. En cierta medida, tuve la esperanza de que cualquier lector podría reconocerse en una parte pequeña de los textos que hoy entrego. «Unum ego et multi in me», dijo un personaje de Terencio, y esta frase todavía condensa mi ambición.

En cuanto a los temas, no me prohibí lo patético, ni las situaciones manidas, ni el mal gusto, ni el lugar común; en términos compositivos, siendo un hijo precario y

fantasmal de mi tiempo, no creo que pueda aspirar a más. La originalidad no fue mi meta: sé que no soy un artista sino un empeñoso artesano. Paradójicamente, creo que esto aún me permite amar el arte como, en muchas ocasiones, lo hace un falsificador de medio pelo: con apetencia, con ingenuo entusiasmo, con admiración. Mi tarea íntima fue emular, lo mejor que pude, aquel arte que tiene como propósito hablar de lo común a todos nosotros, no de lo extraordinario. O más bien: de lo extraordinario que es común en todos nosotros —el animal que piensa y se da cuenta que goza y sufre— y, en seguida, hablar acerca de ello teniendo por modelos las obras que me gustan. En consecuencia, siento que la adulteración y el remedo son las técnicas que mejor utilicé hasta la fecha. De aquí el título de la colección: *Farsas de la memoria y otros relatos*.

§→ En las piezas que de este librito he tratado de enfatizar las posibilidades físicas y no las metafísicas del lenguaje. La palabra, para mí, es material tanto por su condición tangible como por ser un instrumento o un ingrediente sistematizable, semejante a las notas de un pentagrama. Acepto, pues, la guía de Novalis: hay que escribir libros como quien compone música. Sin embargo, no ignoro que el desempeño de un vocablo va desde las representaciones simples hasta la incómoda ambigüedad, y que sus limitaciones también pueden exigir, por dar un ejemplo al azar, la digresiva catacresis (a fin de cuentas, la escritura bien puede supeditarse al diagnóstico de Barthes y proponer un significado que se evapore continuamente). Por otro lado, y bajando un poco de las ramas, pienso

que si algunos de los relatos aquí seleccionados llegan a tener cierta gracia es porque, como todos, también juego al paígnion, que desde los presocráticos consiste en tratar de demostrar, o de presentar como razonable, una opinión insólita o absurda. De este modo me afano por amasar la fachada inteligente de una argumentación, aunque, en realidad, detrás de ella sólo exista un chambón y aparatoso desplazamiento de los significantes en el texto.

§→ Creo que, como la moral, cada estética no tiene más fundamento que los deseos; por consiguiente, me permito no alegar nada en descargo de los míos. Diré, pues, que me agrada sobre todo escribir textos incompletos —apuntes, ensayos, nada hecho hasta los últimos pormenores— tanto como me seducen los bosquejos de Leonardo más que sus obras concluidas. Bajo este punto de vista, acaso pueda afirmarse que técnica y estética se implican entre sí, resultan directamente proporcionales y su inflación puede amortajar el análisis de una experiencia humana. Sería el peligro que ha de aceptar cualquier narrador y que solamente podría conjurarse tras arduas batallas contra el narcisismo. De aquí es posible inferir, por cierto, que los relatos del *Farsas de la memoria* dejarán ver tanto mi ahínco como mis derrotas.

(No obstante, reconozco una tendencia que se acentúa con el anonimato y los años: disfruto de una alegre irresponsabilidad al escribir.)

§→ Recuerdo que, en 1956, William Faulkner dijo que el narrador que sólo se ocupaba de cuestiones técnicas no tenía, en realidad, nada que decir. Y agregaba: «Let the writer take up surgery or bricklaying if he is interested in technique. There is no mechanical way to get the writing done, no shortcut. The young writer would be a fool to follow a theory» (así lo explicó a Jean Stein en una entrevista publicada en *The Paris Review*).

En principio, esto puede resultar sorprendente; pocos se lo esperan viniendo de Faulkner, quien alguna vez dijo que se debía leer el *Ulysses* de Joyce como a los evangelios: con fe. Pero, si mal no lo he comprendido, Faulkner se refería al hecho de que los artefactos literarios deben estar al servicio de una historia y no al revés. En otras palabras: que el deber de un narrador es contar historias lo mejor que pueda, e historias que tengan que ver con lo que él entendió que era, simbólicamente, el corazón humano. Únicamente así podrían contarse, dijo, «the problems of the human heart in conflict with itself which alone can make good writing because only that is worth writing about, worth the agony and the sweat. [The writer] must learn them again. He must teach himself that the basest of all things is to be afraid: and, teaching himself that, forget it forever, leaving no room in his workshop for anything but the old verities and truths of the heart, the universal truths lacking which any story is ephemeral and doomed—love and honor and pity and pride and compassion and sacrifice» (*sic*: fragmento de su discurso de aceptación del premio Nobel).

Está claro que no todo el mundo tiene porqué pensar igual a Faulkner, ni mucho menos. El sustento de su admirable obra fue una vocación indesmayable, la misma que perfilaría así, en el volumen 1 de sus *Ensayos literarios*, Mario Vargas Llosa: «Creo que sólo quien entra en la literatura como se entra en religión, dispuesto a dedicar a esa vocación su tiempo, su energía, su esfuerzo, está en condiciones de llegar a ser verdaderamente un escritor y escribir una obra que lo trascienda» (Galaxia Gutenberg & Círculo de Lectores, p. 1300). Demás está decir que yo cometería una bobada si aceptara este criterio como verdadero; también sale sobrando confesar de que, en realidad, lo acepto. Y para alguien que tiene por lema aquel dictamen de Lessing sobre el amor y el vino («Seamos perezosos en todo, excepto en amar y beber»), ello quizá implique un crimen de autoestima. Un indolente suicidio.

§→ Alguna vez le preguntaron a Hemingway lo siguiente: «What is the best early training for a writer?». Y él respondió: «An unhappy childhood». Ésta fue posiblemente una chanza pero muchas personas tomaron en serio la respuesta. Incluyéndome. Por fortuna, leí la sentencia a los veinticuatro años, cuando decidía estudiar una nueva carrera en la universidad y nada podía hacer para remediar las incontables felicidades de mi infancia. No obstante, razoné que si no me era posible cambiar el pasado, haría de mi presente, si no un infierno, al menos un purgatorio con el objetivo de entrenarme bien para ser escritor. De manera que, a fines de 1986, elegí vivir en un cuartucho del centro

de Lima, en el séptimo piso de un edificio cuyo ascensor estaba fuera de servicio y servía de basurero, sin agua potable en las cañerías y con todos los pisos de abajo siempre ajetreados con el latrocinio y la prostitución. Allí estuve un año y pico. Lamentablemente, durante mi estadía en aquel lugar tampoco pude ser un desdichado. No sé de qué forma, pero los días siempre traían algo de entretenido y las alegrías, lo mismo que ciertas penas, no dejaban de contaminar todo al menor descuido. Sin embargo, logré escribir unos cuantos artículos para un periódico y sentí que verdaderamente iba en línea recta a ser escritor.

Fue un malentendido. Más de veinte años después me doy cuenta de que inicié esta profesión por razones equivocadas. Yo, en realidad, no quería escribir sino *ser escritor*. Me cautivaba el prestigio, no el trabajo; o mejor dicho: el prestigio sin trabajo, lo cual no sólo es un abuso de confianza sino también, por encima de todo, una estupidez. Anhelaba el reconocimiento público de unas dotes que creía sembradas en mí desde la concepción, aunque de ningún modo estaba dispuesto a redactar cuartillas más allá de media hora al día porque la tentación de salir a la calle a exhibir mi facha de autor incomprendido era demasiado grande para resistirla.

Tardé en percatarme de todo esto. La vida misma se encargó, por supuesto, de contrariarme y desbarató con justicia mi ego y la noción que yo tenía de esa pantomima estática, fija, inmutable que llamamos *ser*. Con ello, la reacción de mi cuerpo no se hizo esperar. Sin Dios, sin genio, sin destino, me vi seducido por la molicie y diluí mi voluntad en hábitos, modas y vicios pazguatos. Éstos, qué duda cabe, resultaron tener la densidad

del mármol y hoy ya no tengo levedad. Asisto a lo que, en su *Lezioni americane: Sei proposte per il prossimo millennio*, Ítalo Calvino describió como «una lenta pietrificazione più o meno avanzata a seconda delle persone e dei luoghi, ma che non risparmiava nessun aspetto della vita» (Mondadori, 2002, p.8). Absorto en los ojos de Medusa, desde entonces el tema fundamental para mí fue la incomunicación. Me sobrecogió la certeza, tal vez falsa e inútil, de que pese a la dicha y al amor, vivimos y morimos irremediabilmente solos.

§→ Tal vez se puede ser fiel a una idea sin amarla, o amarla y serle infiel; incluso delante de nuestra inevitable muerte es posible elegir la cobardía o el coraje. Sin embargo, no hay acciones químicamente puras: lo natural es decidir y actuar animados por distintos gradientes de concentración de uno mismo, y estos gradientes dependen de las situaciones que nos involucran. En condiciones ideales de laboratorio, por ejemplo, las situaciones pueden permitirnos una sana autonomía, las vivencias de un afecto entrañable o el ensayo regular de la inteligencia; en las catástrofes o en los encierros de la realidad, por el contrario, el sistema nervioso vegetativo tiende a gobernar nuestro cuerpo y embrutecernos. En todo caso, aquello que coarta las libertades lentamente nos pervierte. La desgracia, en realidad, no nos hace mejores. «Los desgraciados son egoístas, maliciosos, injustos, crueles y menos capaces aun que los tontos de comprenderse uno al otro», escribió Chéjov en *Enemigos*, y en seguida: «La desgracia, en vez de unir, separa a la gente,

y allí donde parecería que los hombres debieran estar ligados por el dolor común, se cometen más injusticias y crueldades que en un medio relativamente satisfecho» (Plaza&Janés, 1998, p.35). Creo estar de acuerdo, y, en conjunto, éste ha sido otro de los temas que, después del tema de la incomunicación, me ha preocupado siempre: el libre albedrío en relación con la desgracia.

Otro tema para mí absorbente es el de la memoria. Recordar y olvidar son facetas de un solo prodigio físico, muchas veces azaroso, y los relatos que muestran sus causas y efectos podrían echar un poco de luz sobre nosotros mismos. Nietzsche suponía que las mejores personas eran las de más amplia memoria, y, por otro lado, creo que la ausencia de ella ha permitido que se cometan, y sigan cometiéndose, incontables tropelías y crímenes. La evocación de acontecimientos no experimentados individualmente, por ejemplo, juega un rol neurálgico y constitutivo del animal humano como unidad social; en tal sentido, los textos de filólogos e historiadores nos resultan necesarios ya que van organizando la memoria de las comunidades, y éstas, a su vez, modelan diariamente nuestro íntimo pasado. Sin él nos ataca el vacío, algo que, con el nombre de «horror vacui», suele angustiar a los hombres.

Absurdidad, incomunicación, autonomía, desgracia, memoria son temas que me impacientan y fascinan; junto a ellos se encuentra el tema del amor, aunque en emulsión, disgregado por doquier como el hierro en la sangre. Durante siglos fueron los poetas quienes, con mayor frecuencia, indagaron en esas pasiones que arden, queman y se apagan en nuestra carne, dejándonos una cicatriz perenne que late con los resuellos de la

nostalgia. Este latido, para mí, puede ser un aguijón envenenado, parecer una mansa resignación o la afirmación de una solitaria independencia.

He procurado, pues, vertir todos estos temas en cada uno de los relatos de este librito, sazónándolos con distintos gradientes de ironía. Pese a mis deseos, fue imposible tenerlos bajo control página tras página. Además, llegaron a formar dos agrupaciones, señaladas como *Indicios de vida* y *Farsas de la memoria*. El primer conjunto está integrado por recuerdos ficticios o imposibles que son evocados con pasión y melancolía a través de ocho monólogos; el segundo, por algunas pasiones y murrias que tienen por epidermis una narración fantástica o realista. Este segundo grupo contiene cinco historias que tratan de: 1) una muchacha hemipléjica que es muerta piadosamente por su propia madre, en el Japón de estos días; 2) una travesura macabra llevada a cabo por un puñado de estudiantes de medicina, en el anfiteatro de anatomía de su universidad; 3) el amor incestuoso entre una joven novicia y su hermano, en tiempos del virreynato peruano; 4) las desgracias y reflexiones personales que acarrea la construcción de una mezquita en Nuevo México; 5) un verdugo francés que, a principios del siglo xx, compra una pequeña autómeta de madera y con ella reinventa el amor.

§→ Puede parecer estrambótico, pero cada uno de los textos de *Indicios de vida* fue redactado a manera de recitativo en seco, lo que implica una narración de ritmo libre únicamente pautada por el acento de las palabras, en donde la melodía se sostiene en muy

pocos tonos cromáticos. Sin embargo, no afirmo que dichos textos sean propiamente recitativos en seco; digo, más bien, que en su origen yo tuve por guía aquella forma musical.

La derivación de este procedimiento entraña anteponer la importancia del signo a lo que se quiere representar, enfatizando lo que Charles Peirce decía: que, por encima de otra consideración, todo signo es lo que al conocerlo nos hace conocer algo más, entendiendo por ese «algo más» un tanteo enriquecedor e inconsciente con la cultura (*Collected Papers*, 1994, p. 8.332). Pienso que, al fin y al cabo, también es así como actúa la poesía.

Por otra parte, cada texto intenta sostenerse por igual en la noción retórica de soliloquio y en el precepto jurídico de que un solo testigo es insuficiente para corroborar un hecho («testis unus, testis nullus» se arguye en el viejo derecho romano), con el afán de mostrar la irremediable soledad de nuestros pensamientos.

Eso en cuanto a lo subjetivo. Con respecto a lo objetivo, a los recursos técnicos, en cinco de estos microrrelatos me serví fundamentalmente de un narrador autodiegético que, desde su monólogo interior, podía emigrar hacia una zona neutra del discurso, licuándose en un narrador intradiegético inespecífico, otorgándole a la historia un espúreo barniz de imparcialidad. En los tres restantes, parodié consecutivamente los subterfugios de la oratoria de los primeros cronistas del Nuevo Mundo, el surrealismo de André Bretón y el juego delirante de James Joyce en *Finnegans Wake*.

§→ En el primer relato de *Farsas de la memoria*, «La bailarina inmóvil», tuve el deseo de narrar la eutanasia como una contingencia inherente, no opuesta, a la vida. El eco taciturno de una frase —inscrita como título en el extremo superior de un retrato de 1585: *Quod me nutrit me destruit*—, con su cadencia reflexiva, a un tiempo estoica y trágica, fue el caldo de cultivo de los personajes de Yushiko y su madre. El primero, Yushiko, debía armonizar con la naturaleza, intuyendo que ésta era una extensión de su propio cuerpo; el segundo, la madre, por encarar a su tradición, a su cultura, tendría que ser el contrapunto doloroso de la pérdida de movimiento de su hija. Es fácil notar que con el uso de citas, declaraciones dubitativas, anacolutos, antinomias, oxímoron, datos escondidos y comparaciones traté de dulcificar la pesadumbre en la historia.

§→ Curiosamente, «Anatomía» es un cuento que se dejó escribir de un tirón para una clase del director del Departamento de Escritura Creativa, Johnny Payne, y en tal sentido es el menos trajinado. Las correcciones posteriores fueron específicamente sintácticas y, además, geodésicas: llamé por teléfono a varios amigos para que expresaran sus recuerdos de los edificios de la Facultad de Medicina de San Fernando, en Lima, y también busqué fotografías aéreas de toda esa zona. Como puede intuirse, lo que necesitaba era narrar algo que sintiera fiel a la memoria de los acontecimientos. De aquí proviene, tal vez, el efecto de naturalidad con que fue redactada la historia y,

posiblemente, la elección de un narrador en primera persona que usa el pretérito en sus distintas modalidades y cuyo discurso se desplaza linealmente en el tiempo.

¿Traté de mostrar algo peculiar con este cuento? No. No, al menos, conscientemente. Es simple: me asaltaron las ganas de relatar lo que, en aquellos momentos, un grupo de muchachos sentimos como travesura. Hubo quizá una infracción a la deferencia o a la espontánea repulsión que merecen los cadáveres, pero tanto entonces como ahora opino que un cadáver es tan sólo un acopio de minerales. Por consiguiente, si hubo tal violación de preceptos, nunca me sentí aludido por la culpa.

Reitero que no inventé ninguna circunstancia en «Anatomía», pero esto es lo de menos. Sería muy extraño que, tras veinticinco años de lo sucedido en San Fernando, yo consiguiera ser fiel a los hechos.

§→ Antes de redactar una línea de la historia del tercer relato, me obligué a visitar el *Arte para bien leer y escribir*, un libro de 1552 hecho por don Andrés Flórez, que circuló con mesurado éxito entre los españoles y criollos del virreynato peruano. En él podían encontrarse temas como los siguientes: «Aviso para conocer el buen papel», «Aviso para conocer los cañones», «Aviso postrero del tajar de las peñolas», etcétera. Luego, estudié el capítulo XVII («De los sugetos i adjuntos») de la *Rethorica*, de don Gregorio Mayans y Siscar, publicado en el año 1752. Doscientos años median entre estos dos volúmenes, pero no lo parece: las construcciones gramaticales y las reglas de sintaxis son casi las mismas.

Mi propósito era fingir una voz narrativa que tuviera un resabio de tales estructuras del lenguaje en el afán de hacer verosímil la historia que deseaba contar. Las otras dos fuentes culturales me volvieron a dar el placer que, supongo, todo hombre siente al volver a caer en un vicio sabroso después de algunos años de abstinencia: leí de nuevo los textos dedicados al virreynato en las *Tradiciones peruanas*, de don Ricardo Palma, y enseguida la bellísima y calma *Ana Soror*, de Marguerite Yourcenar. Quería así nutrirme para dar forma a un sueño que tuve con doña Isabel Flores de Oliva, conocida en toda América Latina como Santa Rosa (1586-1617). En aquel sueño, yo era su hermano.

Es muy probable que la influencia de la historia de Ana y Miguel, en *Ana Soror*, haya eclosionado de pronto en esa noche incestuosa y feliz que tuve ('soror' es una voz latina que significa 'hermana'). De modo que, al día siguiente, no tuve mejor ocurrencia que agradecer el regalo que Marguerite Yourcenar me había hecho y, tomando como excusa el cumplimiento de otra tarea universitaria, me dispuse a mezclar la vida de Ana con la de Isabel Flores de Oliva, un personaje que, desde el punto de vista clínico, siempre me había fascinado.

§→ La idea de relatar algo acerca de una mezquita cuya qibla, o muro de los rezos, estaba mal orientada, no se me pasó jamás por la cabeza hasta unos meses atrás. Y no tuve la ocurrencia: se la figuró un amigo. En principio, pese a todas mis dudas, fui arrastrado por un sentido del deber, ya que el entusiasmo y la nobleza de este amigo me obligaban a

no defraudarlo. Además, la idea era linda e provocaba numerosas interpretaciones. Pero, al cabo de unos minutos, supe que me había metido en un complicado problema al aceptar su oferta, ya que no tenía los recursos necesarios para organizar el relato y solamente disponía de una vaga imagen: la de una anciana sentada delante de un antiguo escritorio o secreter. En este punto caí en la cuenta de que, por la prisa que tenía para entregar el relato (me di el plazo de una semana), iba a proceder de acuerdo con un hábito poético: a partir de esa imagen las palabras guiarían mi inconsciente para construir un pequeño mundo ficticio que tendría por centro la mezquita. El ritmo precede al significado. «Verba tene, res sequentur», me repetía para darme ánimo. Navegaba, pues, en contra de mi propia opinión con respecto a la mejor manera para llevar a cabo una fuerte trama, ya que hasta la fecha considero que, en primer lugar, debería abocarme a tener en claro, hasta en sus mínimos detalles, el mundo en donde se ha de insertar la historia que dará vida al relato. Como sugería Umberto Eco en referencia a la novela policial: la cuestión es construir el mundo por narrar y luego las palabras vendrán por sí solas. «Rem tene, verba sequentur».

En todo caso, empezar a relatar ciegamente una historia sobre una anciana y una mezquita me dio, al menos en el inicio del trabajo, un agradable consuelo: pensé que había encontrado, sin mayores dificultades, aquella voz narrativa que, en mi opinión, calzaba mejor con la historia. Porque en unos instantes había escrito, de corrido: «La mujer que está escribiendo de espaldas a la chimenea proviene del norte de Ankara o de

las costas de Nicosia o acaso de un pueblo simple y desollado por las guerras y los siglos frente al Mar Negro». Pero, después, no supe qué otra cosa decir.

Mi problema se podría resumir del siguiente modo: no tenía un derrotero. Andaba a ciegas. Quería, con impaciencia, que las palabras me señalasen el rumbo de la historia como se la indican a los poetas. Pero no era una voz poética la que necesitaba sino una voz narrativa, cuyo mecanismo original es diferente. Ésta, según mi poca experiencia, dependía de los límites que la trama impone y yo había tratado de ignorar eso. No estoy seguro, por supuesto, de que antes sea imperativo dibujar meticulosamente toda la trama ni de que la historia esté completa de antemano, pero sí creo que, en líneas generales, resulta beneficioso tener una idea lúcida de la causa que pone en movimiento el relato y también de su posible desenlace.

En aquel momento, yo no sentía que era una causa necesaria el que una mujer estuviera de espaldas a una chimenea y que su procedencia fuera de Asia Menor o África. Y, sin embargo, la voz que estaba empezando a contar su historia (la de aquella anciana, aún secreta para mí) parecía que intentaba extraer algo más de mi subconsciente. ¿Qué podía ser?

Opté por dejar de escribir y comencé a investigar sobre mezquitas y el antiguo conjunto de creencias y prácticas religiosas de los musulmanes. Leí de nuevo, esta vez con atención y tomando notas, el Corán, y decidí que esa vieja mujer fuera una de aquellas musulmanas de las que ciertos ulemas se quejaban diciendo que, por las restricciones que antaño había, no sabían casi nada de la palabra de Mahoma y, libres de la custodia de los

hombres que rezaban en las mezquitas, ni siquiera oraban a diario en sus hogares. Asimismo, tuve por cierto que ella sería una superviviente del escarnio y la mofa que habrían desesperado hasta la muerte a su esposo, el único responsable de que la qibla no estuviera bien emplazada.

Sólo me faltaba un dato más para empezar a creer, yo mismo, que la historia no era imposible: el territorio donde se habría levantado la mezquita.

Elegí, instintivamente, a Nuevo México.

La voz narrativa, entonces, debía adquirir una mayor densidad; de lo contrario, la historia correría el riesgo de trivializarse. Ésto fue lo que sentí. Pero, ¿cómo hacer que se robusteciera?

Eché mano a otro tipo de lecturas. O, más bien, miré desde otro punto de vista a los relatos que más habían llamado mi atención por la forma con que estaban contados. En primer término, cogí un libro de Faulkner que he frecuentado muchas veces, *Light in August*, y procuré degustar pacientemente sus disgresiones, sus largas frases, su cadencia bíblica. Luego, abrí al azar otro bello y triste libro, esta vez de Cormac McCarthy, *The Road*, e hice lo mismo con su tono seco pero de iridiscencias poéticas, bebiendo su magro acompañamiento, su —en apariencia— arbitraria puntuación y memorizando su estructura hecha, en gran parte, de situaciones expuestas en párrafos cerrados. Por último, pensé en *Seta*, de Alessandro Baricco, y traté de incorporar la disposición de su relato y, hasta cierto punto, su calmo fraseo.

Con todo esto quise dar otra forma, acaso más imprecisa, a la voz narrativa que tendría a cargo la historia de la mezquita. De nuevo, tercamente, me dije que su ritmo tenía que preceder al significado de las palabras, pero en tanto que la coherencia narrativa provendría de un juego retórico. Esto es, las *inventio*, *dispositio* y *elocutio* no estarían sometidas a la argumentación aristotélica, sino a una memoria artificiosa que iría mezclando pausadamente esas estructuras lingüísticas del discurso. La guía para lograrlo sería musical. Tomaría como base los tiempos largo y adagio, con la posibilidad, al gusto, de un cambio de velocidad hacia el moderato. (El largo es la indicación de tiempo más lenta de la música clásica, y demanda que se toque de manera grave y reflexiva. Con Beethoven, esta expresión tomó un sentido patético que corresponde, en el metrónomo, a 10 redondas por minuto. El adagio sugiere un ritmo de 15 redondas por minuto; el moderato, de 25 a 30.)

Me di entonces el caprichoso placer de trabajar con metrónomo y, además, resolví que la voz estaría en tercera persona singular, pero no siempre: cada cierto puñado de frases, semejante al efecto de un arco semántico, pasaría a la segunda persona en singular. Por otro lado, según la posición con respecto a lo que se iría contando de la historia, la voz surgiría de un narrador que puede mudar de la homodiégesis omnisciente a la heterodiégesis omnisciente de conocimiento relativo, y viceversa. Y con respecto al punto de vista, cada cierto tiempo, de ida y vuelta, pasaría de ser la voz de un narrador-testigo en tercera persona a convertirse en la voz de un narrador-testigo en segunda persona que, ambiguamente, bien podría dirigirse hacia sí mismo como a otro personaje del relato.

De este modo pensé que lograría construir una atmósfera apropiada para mis intenciones. Sin embargo, hasta la fecha no estoy ni de lejos conforme con las derivaciones de esa retorcida estrategia narrativa, de suerte que el relato «La mezquita» tendrá que ser sometido a más de una severa y muy escrupulosa revisión.

§→ El relato con que se cierra el libro, «El último día de Anatole Deibler, Ejecutor de Obras Altas», tuvo como punto de partida una remota discusión acerca de *Jacques le fataliste et son maître*, de Diderot.

Años atrás, esta obra había dado una paliza a mis ideas sobre los linderos de la narración literaria. En realidad, las había echado abajo, y me dejó un mustio sabor de boca luego de constatar que yo no tenía la capacidad necesaria para escribir con tanto desparpajo, con semejante autonomía. Después, mi malestar crecería al igual que mi admiración cuando, por ejemplo, pasé por las armas de *Ulysses*, de *Conversación en La Catedral* o de *As I Lay Dying*. Obras terriblemente ambiciosas que parecían querer devorar el mundo, pero tal vez sin aquel gratuito y dialéctico descaro de *Jacques le fataliste*.

Creí haber superado el asunto. Sin embargo, hace quince o veinte días releí un pequeño volumen de ensayos de Roger Callois, *Instintos y sociedad*, cuyo primer tema es la «Sociología del verdugo». Allí, Callois dilucida el efecto social de la muerte de uno de los últimos guillotinos de París, el señor Henri Anatole Deibler. Entonces, volví a caer

bajo el hechizo de ese tema, aunque lo sabía agotado por los escritores románticos y góticos, por la literatura popular y Villiers de l'Isle-Adam.

Inevitablemente frecuenté cuanta publicación hallé a mano sobre el señor Deibler, y me sorprendió la abundancia de monografías, artículos, crónicas, biografías y una que otra novela editados desde su fallecimiento. Pero, sin duda, el problema más grande que tuve fue que los hechos auténticos de su vida resultaban desdichadamente inverosímiles. Roger Callois ya lo había puesto en evidencia; refiriéndose al verdugo, anotó: «La realidad, hay que confesarlo, nada tiene que envidiar al mito» (Seix-Barral, 1969, p. 19).

Sin esperarlo, esta frase me dio la clave del tratamiento estético de la historia. ¿Qué debía hacer? Tenía que instalarla en los dominios de la pesadilla y, de conseguirlo, la estructura del texto se materializaría gracias a un enfoque narrativo múltiple y tan polifónico como fuera posible. Entonces, decidí recurrir al esquema de cuadros de un poema dramático y a los pastiches para ayudarme.

Casi todo el carácter del verdugo se dibujó gracias al libro de Callois; luego, para la composición de las escenas utilicé varias estrofas de «La infanticida Marie Farrar» y «Viajábamos en un coche cómodo», de Bertold Brecht (en *80 poemas y canciones*, traducción de Jorge Hacker para Adriana Hidalgo editora, 1999); asimismo, explayé una anécdota de «Il pappagallo», cuento antologado por Italo Calvino en sus *Fiabe italiane raccolte dalla tradizione popolare durante gli ultimi cento anni e trascritte in lingua dai vari dialetti* (Mondadori, 2005), y algunos versos del poema «Concurso de culturistas», de Wisława Szymborska (en *Paisaje con grano de arena*, traducción de Ana María Moix y Jerzy

Wojciech Stawomirski para Lumen, 1997): todo ello mezclado con diversa información periodística encontrada en hemerotecas e internet.

Tales fuentes fueron remodeladas para encajar en la narración. Mi anhelo fue redondear de forma alucinada la historia, y aunque el relato concluido esté claramente lejos de ese anhelo, no importa. La escritura de «El último día de Anatole Deibler, Ejecutor de Obras Altas» me deparó días y noches de indeleble regocijo.

INDICIOS DE VIDA

Monólogo de un clochard

Ésta es una habitación donde caben muchos libros. Y también ella. Un petate basta para mí; el resto es una fauna de dibujos, de fotografías con su cuerpo entero, con su rostro sonriente. Hay, por cierto, un violín que a veces pulso para resucitar al bueno de Bach. Así él nos hace compañía. Y fumo, es verdad. Algo que a ella no le gusta. Sin embargo, sé que su vanidad se azucara cuando le digo que aparece entre las volutas de humo. Entonces escucho su risa que me contagia, igual que me ilumina el trino de los pájaros fuera de mi celda. Pero no rezo, no, ya no. Para mí es suficiente el milagro de sorprenderla dormida, o contemplando una araña que teje y desteje, esperando. En ese momento ella cree que no me doy cuenta, que no logro comprender tanta delicadeza. Piensa que un petate, un violín y unos cuantos libros no me ayudan en nada a conocerla. Y quizá sea cierto. Pero entiendo a través de mis deseos. Y, por lo mismo, sé que nada es bastante real para un fantasma.

Monólogo de un parricida

No hay nada tan misterioso, quizá, como una mancha de sangre sobre la nieve. Una mancha sin cuerpo alguno a la redonda. Únicamente el resuello de un pobre viento, y un pedrusco que rueda arrastrando el agua de un riachuelo.

No hay nada tan misterioso, digo, como esos regueros que nos animan ahí tirados sin un cadáver, sin una voz que los justifique, ya fríos, ya transformados en un color inofensivo y triste. Sólo sangre.

Lo saben los vencejos, que bajan de una rama y pican en vano sobre ella.

Lo supiste tú. Ahora lo sé yo.

Monólogo de un cuerpo en tierra

Ésa fue la vieja tumba de mi padre. Luego, llevamos su cuerpo de pergamino hasta el cuerpo de mi madre, junto al mar. Un largo y polvoriento camino, sin duda. Un camino que empezó abriendo la boca del ataúd y observando el rostro de aquel hombre veintiún años después.

¿Había crecido su barba? me pregunto ahora. Y no lo recuerdo. Sí estoy seguro que crecieron sus uñas con una limpieza mineral y que me llamó la atención que se hubieran curvado como garras. (En él era extraña la limpieza, pues había tendido rieles entre los cañaverales y hundía sus manos en la tierra, como también lo hacía en la frágil cintura de mi madre.) Nos advirtieron sin delicadeza que podía haberse reducido, que bastaba con un cofre de apenas noventa centímetros para guarecerlo de la intemperie. Y los diez hermanos discutimos sobre eso. Mi padre, en vida, había semejado una encina, y en muerte llegó a ser un cadáver espigado. Podría ser vergonzoso tenerlo encogido así, entonces, o, tal vez, sintiéndolo darse golpes de ciego en un féretro que ya podría ser hoy como su casa. Pero no importó este último augurio. Elegimos un buen ataúd de roble, de casi dos metros, y en el instante en que lo volvimos a ver, él, mi padre, como una piedra liviana y dócil, apaisada y sin

roeduras, tenía la piel yerma y hacía memoria de un pañuelo gris consentido sobre sus amplios huesos.

Y así pensé: He ahí lo que seremos, lo que ya vamos siendo en el empaque de nuestro pellejo. Nada nuevo, por lo demás. (¿Cómo serán después mis caladas vísceras?, murmuré. ¿Cómo se estarán alheñando mis arterias, las cisuras de mis huesos?) Que a mi padre lo quisimos tanto y su recuerdo se perderá con nosotros; luego, será únicamente dos fechas y unos cuantos nombres; luego, ni siquiera eso.

Al fin, dos de mis hermanos lo alzaron con cuidado, como a una reliquia, y lo cambiaron de féretro. Yo no quise tocarlo, pero le dije a otro, quizá a Miguel, que le limpiara un poquito el moho de los zapatos. Y nadie elevó una oración, ninguno. Después, el viaje hacia la costa fue una caída extensa, sobre una carretera escoltada por ruinas de adobes y hojas de hierba buena. Allá arribamos a media mañana, cuando el olor del océano aún no escocía las entrañas y el brillo del sol se reflejaba en el faro como en un espejo roto.

Los diez hermanos caminamos sobre aquel campo del que, cierta vez, se dijo que era el cabello suelto y hermoso de las tumbas. Y allá nos esperó, durante muchos años, del todo sola, ella. Mi madre.

Monólogo de un homo lupus

Han pasado casi tres semanas desde que no escribo una frase decente. No puedo hacerlo. El insomnio, los ruidos en mi cabeza y las tercas cefaleas me tienen al borde de la locura y sólo me distraigo de este infierno con música y películas que ya no deseo comprender. Tampoco leo y me demanda esfuerzo hablar. Me distraigo saliendo en las madrugadas a caminar por las calles para evitar a la gente y siempre, o casi siempre, cuando voy sobre una vereda iluminada, intento huir de mi propia sombra.

Ahora viene la medianoche y de nuevo hay luna llena. No debo olvidar mi vieja llave y un impermeable. Quién sabe si ha de llover. Las noches frías me gustan, me sosiegan, son un espejo no de mi rostro sino de mis tejidos de animal y acaso ésta sea la razón por la cual mi cuerpo prefiere el día para olvidarse de sí mismo y tratar de dormir.

(En la reclusión, las palabras tiradas al aire son una buena catarsis. Me disculpo imaginando que los fantasmas que tal vez vaguen por este lugar ya estarán acostumbrados a cosas peores...)

Monólogo de Adán en el Paraíso

Sobre cenizas duermo. Sobre cenizas. En una pradera de saúcos, candelarias y cizañas. Desde aquí observo el alto peñón, que es viejo. Sobre él una piedra que semeja un morral, una triste aleta, una mujer sobre un dorso, quizá abstraída, reposando.

Entre el aroma de alfalfa recién cortada y pelambre trasudada, duermo. Sobre cenizas que se entibian con mi cuerpo, duermo. Pero antes o después veo el amanecer, el cenit, las tormentas del ocaso. La noche. Veo las alimañas asustadas reptando hacia su guarida. Y contemplo la alta piedra, sus cabellos de musgo, su envoltura requebrada.

Sobre cenizas. Duermo sobre cenizas, en un fuego apagado hace días, hace años, hace siglos...

Monólogo de un viejo cronista

Abu Abd an-Nasir Saib ibn Yusef Al Mursí, o simplemente Said ibn Yusef, de sobrenombre cristiano Alfonso Díaz de Murcia, en 1587 se hizo a la mar y llegó hasta los márgenes de La Plata, primero, y al virreynato del Perú, después, donde al cabo de cinco años de vagar negociando telas, perfumes y luminosas pedrerías fue escoltado a un Auto de Fe en La Ciudad de los Reyes. Allá se dijo converso y negó haber jurado por las barbas de Dios que ayudaría a nuestra Isabel de Angulo, mujer de soldado, para que la quisiesen los hombres, y al dominico Pedro Luis Enríquez de la Portilla a conseguir los favores de las monjas, de suerte que el tal Said ibn Yusef, o Díaz de Murcia, estuvo en trance de perfumar el ambiente de la Plaza Mayor, como hace una hora lo hiciera el luterano Henry Oxley, cuyas cenizas ya ensuciaron a la gente respetable que vino en romería para edificarse con los mandingos bajo azote y la sagrada moral de nuestras Escrituras. El que no hubiera testigos a favor o en contra de este ibn Yusef no inquietó a nadie, pues ¿acaso se ignora que el Santo Oficio no carece de imaginación ni le tiembla la mano en el instante de firmar sentencia? Aunque no faltan los siervos del Señor que, pese a ser incondicionales del Ad Abolendam de Lucio III, menos temen a la cólera celestial que a las noches venenosas por su privación de

cuitas y fácilmente se embriagan con los encajes de una mujer como la que hoy sube al banquillo. Pero humanos somos todos, y es innegable que también ahora la parentela de toga y mitra, y quizá en mayor abundancia, comparte por igual los placeres que Isabel de Angulo nos ha descubierto gracias a ese hombre allende los mares, y por esto mismo aquél no puede ser juzgado con severidad ni estulticia, ya que la ingratitud es una de las más feas cualidades humanas y Díaz de Murcia, o Said ibn Yusef Al Mursí, menos que deshonrado debe recibir nuestro reconocimiento. Comprendiéndolo así, el venerable Inquisidor sentenció que tal moro cristianizado, luego de ser ungido con brea caliente, fuera puesto con atenta medida en la cigüeña para que los calambres del abdomen y el recto únicamente se extendieran al resto del cuerpo durante unas cuantas horas, y las hebras de su pellejo, que las tuvo en demasía, ya no retoñen de nuevo, jamás. Y en cuanto a la hermosa Isabel de Angulo, cuyos ojos siguen mirándonos incluso en sueños, o tal vez porque sólo en nuestros sueños pueden mirarnos sin fin, ella, por ser blanca y no criolla, bautizada y confirmada en la fe verdadera, el justo Inquisidor tuvo por fuerza que dictaminar, sin apelación ni réplica posibles, que sufriese la mortificación de todos los padrenuestros y las avemarías que su generoso pecho albergara, a cambio de, quién lo duda, cada uno de nuestros pecados antiguos, y de aquellos otros aún palpitanes, y de aquellos otros que, por mandato de la Sagrada Providencia, laten de antemano, segundo tras segundo, bendito sea Dios, en nuestro fugaz porvenir...

Monólogo de un ahorcado

Por la colina rueda un patíbulo enano. Arrastra consigo una pena colgada de once o doce vetas de fresno. La arrastra dando tumbos, golpeándola sobre lajas que cortan su pellejo como un estilete, jalándola como a una res muerta pero con más inocencia, con más amor, con una lastimosa barbarie.

Así pues va la pena, anudada del pescuezo y sacando afuera su lengua tersa como un pétalo. Así rueda con su menguado patíbulo, y su sogá, y su madero que hace crujir esa tristeza calcinada entre tantas almas sucias.

Qué lástima da verlos tan juntos, tan unidos. Y qué tierna emoción.

Allá abajo los mirones loan, escupen, vociferan una borrasca de palabras que, como el polvo acarreado por los vientos azores, intenta perpetuar aquella triste imagen.

Rueda, entonces, el patíbulo con son de jácara. Y a su paso suelto las piedras se quiebran, y se quiebran las rosas dormidas dejando un tenue olor de pelambre chamuscada.

Colgada de su cuello, la pena aún está viva y gira aturdida por el dolor, y solloza y balbucea dejando, a cada tramo, un gusanillo de sangre. Viéndola, ¿quién no

recuerda tantos gozos ajusticiados, y aquel yermo que acecha detrás de la colina más alta como una hambrienta fiera?

Cae, cae y cae por la pendiente ese patíbulo. Mirémoslo, de qué manera rueda. Fijémonos en él y en su triste pena, que ya es una sola cosa con los leños que resbalan hacia la sima. En par vienen hasta nosotros para alejarnos de esta sombra fresca y acorralarnos en el susurro de unas hojas que el aire trae vendado con sudarios limpios.

Así, mientras ruedan astillándose, con la pena casi hecha jirones, mientras nos llegan, podemos aún sentir próximo el tañido de nuestro pecho, el regocijo que se niega a perder la vida y que nos redime, acaso, de una muerte que tiene la humillante fragancia del vacío.

¿Lo oímos? Yo todavía logro escucharlo en mi cuerpo. Y murmuro una endecha de cuna mientras, a lo lejos, alcanzo a ver el rastro que aquel patíbulo va dejando, como una pequeña cicatriz, como una vieja herida, sobre el húmedo pasto y sobre la arena.

Monólogo de una estatua, o Matabatumba

Era come se nessuno potesse sfuggire allo sguardo inesorabile della Medusa.

Italo Calvino, LEZIONI AMERICANE

Su ojo, un ojazo lechonesco de rodacaballa, cabecea en ese farallón como una miergamasa agotada, un diadáver harto de cresposculos. Hay tales sornas en esa talla de siemento que la Gorgona pesa, besa, ves que pesaibesa, tan hierendona ella, por rapitos chapurriente, que taja en procesión putavirgen, ya tú sabes. Y fíjate que te fija. Con grande mitra de tarascas la suya, proba la pobrecita, que se diría mitófila, una criaturita llogona que te ve todo maltitud de cerca, a ti de tú que vienes de tan allende, ok especulativo, mamón, armado con pavés lunero e infernoso bacinete, ¡te fija! Pues redígote, cavernario Danaeida, uy uy uy, babélico ojezno de aquel especulum, uyuyuy, te lo requetedigo, pues: mi médula humea concretosamente, del sincreto al concreto y sin mientes, sacrotectónico a mucho inri y poca honra, o sea, desde un valemuro que se zangolotea por la funescala de Mausoleo. De veras verás de probarlo, hic et nunc. Y sabiendo a cal cabrás en sal, chafando un mineroso gustillo bífido de lengua bicorne, enjaezando en balde una hoz interrogaviva, la hozgativa interrroz del dios de los mentidrones, quedito, jaspeado del ti hasta el tú también, hic et nunc.

¡Qué jarana, zonzo! ¿Nones? ¡Bah! Pero, sí pues, líbrate-de-toda-cal, Tipoduro, y tálala rebien. ¡Rebiéntala por los cujos! Porque con ese sacrojo la cabrona bacinará siemento en tus venterias antes que sus culebras marmitonas caguen mil huevos, evacuando zeros hasta de tus chisteras, chuik-chuik, amentis Perseus. Ah, si las sierpes de aquel coco cocoroco entran por tus ojeras de modo blufblufshblushf: ¡uyuyuy!, ya verás, zonzo, bien servido será tu unipacio y resmasable tu edad en piedra. Y ay de ti y de tú, Rascalcielo. Que pelos tales de la Gorgona jodan tus mansanas, ¡nipo depo vaiponaspo, opodiepolopo Zepouspo! Con todo toditito, sin después al cabo así, mismo así, Danaeida, menos cojonado que cojudado, sus andas como mangas arremangues y ases su médula por el cogote. ¡Vamos, brega! ¡Tájala ya! Iza parejante al mástil su faciem non avertas, sóbasela riquísimo, haz de su sino un si no, una hoz irrevocabilis. Y, ergo, trabuca su res en pez si no para qué es, y sabandíjala descorchándole tal pescuezo por nos, nos que morituri te salutant de la a a la z, y dándole al ergo, ya erguidísimo, esparce su miergamasa, calenturienta su impropio diadáver de culoscrespos y enpotonpocespo así, nos, videremos en hoz hermética rotar venidero-cachador-de-Andrómeda a ella mesmito, a la denfrente, a la llogona estruporada in quacumque die tribulor. ¡Arre, puesto! ¡Arre pues, y arre y requetearre, Perseus! ¡Sssssss! ¡Sssssss! ¡Espíchale ya-esssssa cabeza!

FARSAS DE LA MEMORIA

La bailarina inmóvil

Sabía que la delicadeza sólo podía conseguirse mediante el vigor del cuerpo y pensaba, por ejemplo, en el vuelo de los pájaros, en el vaivén susurrante de los árboles, en los rizos del mar. Lo pensaba con los párpados cerrados, e incluso con los ojos abiertos, mirando a través del vidrio empolvado de la ventana y a través del constante gotear de la lluvia. Veía entonces la existencia de aquel sueño terco y repetido: un cuerpo en movimiento, el movimiento de la delicadeza, el baile.

Y con el baile le llegaban otras imágenes. Las hojas que en otoño, tras descolgarse de las ramas, cabriolaban por los aires y poco después se marchitaban en silencio. Algo que bien podría ser el secreto de la vida y que, vagamente, dejaban sentir algunas liturgias donde eran sagrados el pez y el río, el zorro y la estepa, el árbol y el nido. Cada detalle visible o invisible del mundo.

Tal vez estas cosas sedimentaron en su memoria y la acompañaron hasta que de ella sólo quedó un mudo pergamino. Quién sabe. Lo último que pensó, en todo caso, fue en un viejo ballet de títeres que la hizo llorar en Okayama, donde los amantes, aún dichosos, levitaban perseguidos por la música de un violín y una armónica hasta llegar al primer beso que los llevaría hacia la muerte. Esa fue una pedagogía de la belleza

sobre la cual ella muy pocas veces habló, sobreponiendo su voz a la voz de la lluvia que, cada tanto, en ese verano de borrascas, golpeaba la ventana con empeño, indiferente a la nostalgia que la parasitaba.

Su nostalgia erosionaba el presente, dejaba márgenes imprecisos, lo roía todo para dejar a su paso una habitación distinta a la que ella tuvo meses atrás. Una habitación donde el pasado más doloroso entraba con sigilo, como un cáncer que desplegaba sus alas negras para revelar, por fin, su condición de ángel perverso.

*

Aquel sueño la había inquietado desde los cuatro años. Se trataba de un demonio. Primero, se dejaba ver como una cabeza roja que flotaba en los pasadizos para sorprenderla y sonreírle por las noches. Después, también se dejó presentir en las motas de polvo cuando agonizaba el día, y hasta en los cirros cuando eran desgarrados por el viento. Luego, aquel demonio se hizo nada. Tras el accidente, al cabo de ese accidente que partió su espalda igual que a un vidrio y la convirtió en un naufrago perpetuo entre dos sábanas, se había olvidado de ella. Como si, a la manera de algunos carnívoros, no pudiera olfatear los cuerpos quietos y apacibles.

Inmóvil, recostada sobre una pátina de escaras, ella sabía que aquel demonio era la muerte. Al menos, lo creía así. Lo creía sin dudarlo, y aquello le daba a sus recuerdos un matiz peculiar que borraba las fronteras entre lo vivo y lo inanimado. Era una

extraña experiencia, sin duda. Navegaba en un tiempo que no era el hoy ni el futuro sino, más bien, un extraño pasado situado más allá de todos los pasados. Un tiempo que, semejante a un río macilento, fluía hacia ella desde nuestros orígenes para desembocar en el presente y ahogarlo y erigirse como la única actualidad y el único rito verdadero. El reino de un estanco perfecto de horas, días, meses, años. Una hierofanía terrible e invisible. Su tiempo. Erigido hacía ocho meses, apenas, donde nadie la oía, donde, aunque gritaba con todas sus fuerzas, nadie podía oírla. Donde el miedo era el dueño de todo y el verdugo de todo y en cuyas manos estaba destinada a transformarse en alguien irreconocible. En un animal que, herido y arrinconado al fondo de un pozo, no había vuelto nunca a gobernar su propio cuerpo sometido por el pánico y se dejaba ir en orines, sudores, sangre y excrementos.

En aquel pozo los límites fueron tan crueles como un féretro. Masticándola con una dentadura de piedras y raíces húmedas, la boca hambrienta de la tierra había lacerado su piel durante horas, a un centenar de pasos de la casa de su madre, una casa sencilla y luminosa que había sido también suya desde que su padre las dejó sin previo aviso, y a la que de pronto, esa vez bajo tierra, sintió que jamás volvería a pertenecer.

Gradualmente le parecieron mentiras su vida entera y la cercanía de la muerte. Y vio entonces la ferocidad de aquella tarde que ignoró la piedad y que a lo lejos, ahora, se había convertido en un feudo más de ese viejo demonio que observaba impune sus propios restos: un abandonado camino de huesos, músculos, vísceras; unos despojos famélicos aún no devorados por bacterias, hongos y gusanos. Por la sorda y ciega tierra

que los haría muy pronto suyos, minerales.

*

Las alondras eran cada vez más escasas y para ella no había aves más gráciles. Con todo, prefería el modo sigiloso con que los halcones se deslizaban en un espacio cruel, en una dimensión que hacía de la crueldad una ostentación de la molición de los cielos. Pensó en unos versos, los únicos que su madre le había enseñado: «Si no dejo / rastro alguno / en este mundo fugaz / ¿qué podrías reprocharme?». Enseguida miró el vaso de plástico amarillo que contenía suero y el largo y flexible tubito para que pudiera beberlo. Y pensó en su madre, en las muchas veces que le había pedido, sin palabras, sin esperanza, que no llenara de nuevo aquel vaso. Nunca más con ese líquido que prolongaba la manutención de sus tejidos inútiles para el salto, la alegría y el retozo, eficaces solamente para la inerte tregua de los sentidos.

Su madre había sido, hasta entonces, enfermera. Al cabo, dejaría de serlo porque jamás logró persuadir a la gente de que todo lo que hizo lo hizo no por hartazgo ni por ruindad. Lo dijo así en aquella hora en que cubrieron el cuerpo apacible de su hija, y en la corte penal también lo repitió vez que se la interrogaba, e invariablemente insistió en ello durante todos los años en que estuvo recluida. Lo aseguró de ese modo hasta su muerte, la semana pasada, un martes caliginoso de verano. Y ninguno, siendo fieles a la verdad, tomó en cuenta la noticia de su entierro, que apareció en una nota

minúscula, sin encuadrar, perdida y humilde entre los demás obituarios.

Pero aún no llegaban estos nuevos días. En aquel momento, en el equinoccio de otoño, la muchacha todavía estaba sobre su cama, con el camisón empapado de sudor, escuchándolo todo. Afuera, el pálido follaje de los árboles se oía como una escaramuza de invisibles navajas, y en el cuarto —apenas dotado con una radio a pilas, un tambor taiko y un viejo lienzo manuscrito («Quien se fía demasiado de las palabras es un tonto que cree que puede alcanzar la luna con un palo») — la humedad estaba suavemente impregnada de calor. El bochorno en la habitación, la soledad, toda el habla incoherente de la naturaleza eran siempre lo mismo y la confundían. No había otras mañanas ni otras tardes, y ambas prolongaban sus destellos hasta ser devoradas por la noche.

*

La muerte era, para la madre de la muchacha, una ausencia, una perenne ausencia. Nada metafísico. Nada religioso. Un vacío que se instala definitivamente en el cuerpo y que nos aleja cada vez más de nuestros semejantes hasta convertirnos en sólo melancolía, primero, e indiferencia, al fin.

Eso le dolía. Hubiera preferido tener aquella clase de convicciones que permiten llorar y sentir que cada lágrima es un consuelo y, por igual, el pago de pesadumbre por el augurio de un reencuentro futuro. Pero no tenía fe. Entendía que esa ausencia

pendiente era lo único sólido y fiable en toda vida, y, por lo tanto, cada mirada de amor era la última mirada; cada beso, el último; cada silencio y cada palabra, los últimos; cada ademán, el ademán definitivo de una incurable despedida.

No volver a ver jamás el rostro de su hija, no sentir en sus ojos los ojos de su hija, no gozar de su risa, no tener la aptitud de paliar su tristeza ni sus miedos, no oír sus pasos elásticos cuando trataba de sorprenderla, jugando: todo eso era la muerte.

*

La marea roja, así la llamaban. Y venía a su antojo. Los peces nadaban sobre ella y la bebían; los moluscos y mariscos se dejaban mecer por ella y también la bebían. Luego, los pescadores más desprevenidos cargaban con los animales al puerto y a los mercados, donde los ofrecían en grandes cestas y de donde, cada cierto tiempo, las gaviotas hurtaban una comida fácil y letal.

La madre pensaba que esos venenos provocaban demasiado sufrimiento y, sin embargo, le parecía un legítimo pago por el olvido. Ya no quería tener memoria. Como su hija, deseaba hacerse sólo un ruido de olas, de aire, de pétalos. No más.

¿Para qué le servía ya la conciencia del tiempo? Desde aquella tarde en que a su niña la trajeron para siempre inmóvil, con una mirada nublada de agonía y tormentos, y la dejaron allí, sobre un catre que iría a ser su lecho, en un cuarto que iría a ser su amplio féretro —donde, aturdida, pudo darse cuenta de cuánto había crecido hasta

dejar de ser una niña—, había decidido extraviarse en el presente, nunca más en el pasado y mucho menos en el porvenir.

Se trataba, entonces, de olvidar. Sobre todo, olvidarse de la desvaída madrugada en que, tal vez cediendo al rencor, o a la lástima, o al agotamiento, inyectó en las arterias de su hija el silencio definitivo entre las dos y se contagió de un chancro de recuerdos imposible de curar.

De modo que a los pocos días de salir libre del presidio de Nakatsu decidió vagar sin rumbo por los atracaderos, aupando jibias, caracoles, almejas y fugus en una canasta de pesca de primavera, gastando todo lo que llevaba en su bolso y entregándose por mucho menos, inclusive, a dos vendedores de pescado que, en una trastienda sucia y aromatizada de orines, eyacularon antes de penetrarla.

Al llegar de nuevo a la habitación que había alquilado en un sencillo hotelito de las afueras, no limpió su prenda interior ni su falda. Se desnudó y dobló su ropa sobre una tela raída, con la cual la envolvió e hizo un atado. Después, se dio un baño de esponja, únicamente con agua tibia, de pie sobre un largo tapizón de estera, y dejó secar su piel sin cubrirla con ninguna toalla. Luego, se untó con aceite de romero y menta y, lentamente, se puso un vestido color ciruelo. Fue hasta los animales, los sacudió en la cocina y los sirvió para sí misma en un solo plato, grande y hondo, de barro cocido. Algunos aún se removían. Necesitó de varios tajos enérgicos para cercenar las cabezas de los fugus, y las fue devorando esforzándose por alejar las arcadas que sentía cuando se le atascaba un trozo amargo en la garganta. El resto fue más

simple, pero no le alcanzaron las fuerzas para terminar con todo lo que había en el plato.

*

Cuando la muchacha la vio entrar en el cuarto supo a qué venía y, por unos segundos, la enmudeció el mismo terror que tuvo al saber que, tras el accidente, nunca volvería a levantarse de esa cama. Se anegó en un sollozo seco y no le salieron las palabras de consuelo que quiso darle a su madre, pero notó que ella dubitaba y trató de sonreírle. Ambas se entendían bien, pero hasta esos instantes no habían percibido que podían, de alguna forma extraña e incommunicable, ser una sola mujer. En aquel momento la oyó cantar, con una vocecita ajada de pronto, casi en sordina, mientras abría un pequeño estuche de cuero repujado y extraía de él todo lo indispensable: «Tomo en las manos agua / para jugar con la luna; / paseo entre las flores / y me inunda tu fragancia; / permite que hoy retire / el polvo de mis ojos / y retorne a las montañas». Esto cantaba su madre. Hasta que perdió la voz y la estrofa quedó así, semejando menos una petición que un anuncio.

La muchacha trató de fijarse en la ventana, pero le dio todavía más tristeza pensar en que lo que estaba mirando eran las cenizas de una mañana que no sería para ella. Todo aún era sombras, todo siempre habría de ser sombras. Y pensó de nuevo en los halcones, en cómo se quedaban también quietos, con las alas extendidas, dejándose

llevar sobre las aguas misteriosas de aquel lago infinito de los cielos. Y pensó en que el nombre de aquellas aves tenía un ideograma hermoso, equivalente a un baile estático, y se dio cuenta, mientras su delgado cuerpo temblaba y sus muslos se humedecían de un miedo cerval que se hacía cada vez más lejano, de que su propio nombre también se podía dibujar sobre el papel, sobre la tierra o sobre los pálidos cuarzos con la misma petrificada e inagotable belleza de todas las aves del mundo. Y creyó que murmuraba, ya apartándose de su madre, y de ese cuarto enmudecido, y de esa casa que la vio nacer, cada línea de aquel nombre que no había querido pronunciar y que ahora sentía la única propiedad que podía dejar y llevarse a un tiempo.

Su nombre. Su delicado nombre.

Yushiko.

Anatomía

‘Los cadáveres frescos están allí detrás’, dijo el loco Vizcarra. Se refería a lo que nosotros llegamos a conocer como La Bañera, un sitio siempre húmedo donde se apilaban los cuerpos para que, en orden de llegada, limpiaran sus venas y arterias de sangre y, a cambio, las empaparan con formol diluido. Aquel comentario no venía a cuento y, como tal, lo ignoramos. Quizá se debía a los nervios, pero lo último que se nos hubiera ocurrido es que el loco tuviera miedo. Estrambótico, cínico y tosco en casi todo lo que decía y hacía, Vizcarra en el fondo era un tímido que se relajaba de sus aprensiones mediante la provocación.

Estábamos dentro de la facultad de Medicina y eran las dos de la mañana de un viernes de octubre. Nos habíamos escondido seis horas atrás en el Jardín Botánico, frente a Farmacología, y tuvimos que soportar el paso del tiempo debajo de unos pequeños robles antes de salir de allí. Calculamos que cada uno de los guardianes estaba en esos momentos muy lejos, apoltronado y adormilado en una de las cuatro casetas próximas a los portones de metal que daban a las calles laterales y a la avenida Grau. Por suerte, no anduvimos con problemas.

La luna estaba linda, lo más parecida al borde convexo de una uña. Varias nubes

cubrían la mayor parte de estrellas y, para la época, no se dejaba sentir mucho frío. Caminábamos evitando los faroles, apartados de las aceras, pegados a los muros de los distintos edificios y ensombrecidos aun más por los ficus, los arces y las casuarinas. Al cabo de unos minutos por fin llegamos hasta el anfiteatro de Anatomía. La puerta trasera estaba con candado, pero eso no representó ningún problema para el flaco Subauste, cuyo abuelo se había ganado la vida como cerrajero y con el cual había aprendido desde muy chico a limar llaves y a soltar los cerrojos con ganchitos para el cabello. Le tomó un par de minutos debido a la oscuridad, ya que habíamos decidido no encender las linternas allá afuera. ‘Listo’, dijo el flaco. ‘Apúrense.’ Y a su orden entramos los otros cuatro: Vizcarra, el sapo Vásquez, Suclla y yo; el flaco nos siguió en cuanto hubo puesto de nuevo el candado en su sitio.

El corredor que daba al salón principal, por un lado, y a La Bañera, por el otro, era una boca de lobo ya que no se veía nada, pero sólo nos arriesgamos a prender un fosforito cuando sentimos que nuestras manos tocaban el metal helado de los guardarropas, a unos metros de la entrada. Todo estaba en orden. Suclla sacó de una mochilita las linternas forradas con celofán azul para aminorar el brillo y las repartió. Las encendimos apuntando hacia el piso de mármol, como habíamos acordado, para evitar que relumbraran hasta los tragaluces. Por las ventanas no había de qué preocuparse: por dentro tenían hojas de madera con pestillo y aislaban el interior del anfiteatro de cualquier mirada indiscreta.

El plan era simple pero nos iba a tomar unas horas. El día anterior cada uno de

nosotros había hecho un recuento de los cadáveres menos destazados, de manera que conocíamos su ubicación; lo más difícil, según creíamos, era entrar a las cámaras donde las chicas que estudiaban enfermería colgaban sus mandiles y, luego, abrir y cerrar sus casilleros. Pero teníamos al flaco Subauste y dimos por descontado el asunto, así que, bastante relajados para tales circunstancias, nos pusimos a trabajar en seguida. El sapo Vásquez, Suclla y yo fuimos hacia los salones de disección; el loco Vizcarra y el flaco se dirigieron hacia el otro lado del anfiteatro para abrir las cámaras.

Nuestras clases de anatomía y fisiología empezaban a las nueve de la mañana y terminaban a las cuatro de la tarde, lunes, miércoles y viernes; los sábados arrancaban a las ocho y terminaban a la una. El resto de la semana nos machacaban radiología, embriología e histología, siempre tratándonos bastante bien, diciéndonos doctores aquí y allá y engordando nuestras vanidades. Así, claro, nos tenían jodidos. En cambio, a las chicas de enfermería les mareaban la paloma diciéndoles que iban a recibir las mismas clases pero condensadas, de siete a ocho y cincuenta de la mañana, y después, por supuesto, se iban a pique cuando no tenían ni una remota idea del recorrido de la vena basílica o ignoraban si las neuronas centrales tenían algo que ver con el yeyuno. Pero, en fin, allí continuaban tercas e indismayables. Inclusive algunas, en rarísimas ocasiones, nos daban tanda porque habían estudiado por su cuenta mucho más de lo debido.

El caso es que deseábamos gastarles una broma pesada y, de paso, sacar provecho de algunas sobras. Unos cuantos alumnos, los más adinerados, pagaban bien por un

ojo con toda su parafernalia adjunta de nervios, músculos y piel, y más por algún miembro completo o una víscera en perfecto estado. De modo que era noche de juego y recolección. El sapo Vásquez iba haciendo cálculos de cuánto podíamos cobrar por esto y aquello, mientras Suclla, siempre más juicioso, se fijaba en la hora y nos apuraba. Cuando entramos al primer salón de disección, nos dimos con la sorpresa de que los cadáveres habían cambiado de mesas y que nuestros apuntes ya no correspondían a los hechos.

‘Mierda’, dijo el sapo. ‘Esto es culpa de Cóndor.’

Para que se entienda: Cóndor era un viejo indio que había crecido en el abandono, a sus aires, y con una afición tal al cigarrillo que parecía haberla adquirido en el útero de su madre. De chico dormía bajo los puentes y en más de una ocasión lo habían metido en el Orfelinato, pero nunca fue posible que abandonara el carácter solitario e independiente que mamó del resuello sucio de Lima, de forma que si lo internaban x veces, él se escapaba $x + 1$. Feo, encorvado, cetrino y de pocos dientes, su genuino apellido parecía no ir en broma y sólo la perseverancia de nuestro decano, que le permitió, primero, comer y dormir en el Centro de Estudiantes de la Facultad a cambio de varias labores de limpieza, y, después, lo animó a entender de qué manera se aseaban, desecaban y cosían los muertos llegados de la morgue, pudo aliviar un poquito su dureza. Sin embargo, jamás nadie logró domar su soledad ni pudo arrancarle más de dos palabras sobre cualquier tema. Como fuera, todos sabíamos que el único lugar en el mundo que podía sentir como su casa era la Facultad y, también,

que el único sitio en el cual se hallaba a sus anchas era La Bañera.

‘Ese cojudo, vez que se aburre, mueve los fiambres’, siguió diciendo el sapo Vásquez con fastidio mientras buscaba los cuerpos más idóneos. Miope hasta la médula, no les atinaba, pero Suclla, muy seguro entre las tinieblas y el resplandor cobalto de las linternas, sondeaba con los dedos, localizaba el justo cadáver y nos pasaba la voz. Luego, entre los tres, bajábamos al fulano del tablero y lo cargábamos hasta la puerta que daba a las cámaras de enfermería para que lo recogieran el loco Vizcarra y el flaco Subauste. Aquella era una semana de difuntos, no de difuntas, pues la única mujer que había era bajita, mulata, de unos treinta y pico de edad, con la marca firme de una llanta de automóvil que la hizo puré desde el hombro derecho hasta la cadera del mismo lado y, por consiguiente, no servía.

En toda esa operación nos atrasamos mucho. Suclla miró su reloj y nos largó la noticia: iban a dar las cinco de la mañana y teníamos que salir de allí de inmediato. Ya el sapo se había embolsado un respetable número de órganos y otras piezas convenientes para el negocio y cada uno de nosotros había dispuesto los cadáveres conforme lo previsto. Así, tratamos de borrar cualquier huella que pudiera delatarnos y rápidamente nos encaminamos hacia nuestra salida, pero al llegar a la misma puerta por la que irrumpimos el corazón nos dio un brinco: estaba cerrada por fuera. Tal vez alguien había notado que el candado estaba abierto y, sin imaginar ninguna intrusión, lo cerró.

‘Mierda, de seguro fue uno de los guachimanes’, dijo el loco Vizcarra, ahora sí

nerviosísimo. ‘Nos jodimos’, dije yo, tratando de ser positivo. El flaco se afanaba en vano por pescar alguna forma de abrir la maldita puerta, en tanto que el sapo, abstraído en la cuestión, se mordía enérgicamente los pulgares. El único que parecía tranquilo era Suclla, aunque sabíamos que él llevaba las procesiones por dentro. Por eso lo respetábamos. Por eso y por su físico de boxeador de peso medio y su ánimo leal pero irritable. La verdad es que aguantaba muy pocas pulgas.

‘¿Trato de romper los postigos?’, preguntó Suclla. ‘No’, le dije, porque eso significaba ocasionar un ruido de los mil demonios que alertaría a los guardias. ‘Si no podemos abrir ninguna puerta de salida, lo mejor será que nos escondamos en el anfiteatro’, agregué. Tanto el loco Vizcarra como el sapo Vásquez estuvieron de acuerdo. ‘Lo que decida la mayoría’, dijo Suclla. El flaco Subauste no abría la boca más que para resoplar, concentrado como estaba en desmontar las bisagras de la puerta, pero todo su empeño fue en vano. No hubo manera de aflojar ni un tornillo.

Iba a amanecer pronto y ya la completa negrura había dejado paso a una atmósfera gris; el frío estaba húmedo y nos calaba hasta la médula. En un plan trazado al vuelo decidimos robar de las cámaras unos mandiles para justificar nuestra presencia. Quien tenía las llaves del anfiteatro era Cóndor y él, con su afán de verificar que todo estuviera en orden en La Bañera, llegaba siempre unos veinte minutos antes de las siete; del resto ya se había ocupado hasta las diez de la noche del día anterior, sin falta, de modo que no husmearía en cada uno de los ambientes. Por fortuna para nosotros, Cóndor tenía el vicio de fumar y le estaba prohibido hacerlo en el interior de

los edificios, así que sus primeros pitillos los consumía mientras tomaba un café en el quiosco de Bioquímica, que ya estaba abierto desde las primeras luces. ‘Cuando salga con su pucho’, dijo el flaco, ‘nos vamos.’

Entre tanto, no había nada que hacer y ninguno tenía humor para contar chistes ni sueño para dormir. Cada cual se ensimismó un largo rato en sus pensamientos. Nos habíamos refugiado en un extremo del ala izquierda del anfiteatro, juntándonos todo lo indispensable para darnos un poco de calor, pero no nos bastaba. Fue entonces cuando a Suclla se le ocurrió, no sé por qué, empezar a narrarnos una historia. El flaco Subauste no estaba para cuentos, pero ¿qué más daba? Mal que bien, se trataba de una distracción indispensable en aquellas circunstancias. La historia se situaba muy lejos, en un país que para nosotros tenía menos de realidad que de leyenda. Acaso a Suclla se le vino en mente porque, según nos dijo, fue ahijado de un tal Hirata, viejo sastre que del idioma castellano no aprendió ni pío aunque sí memorizó, para señalarlo, la expresión mestiza ‘papacho’, o sea, papaíto. Vez que el señor Hirata le hablaba eran sus hijas quienes traducían; por este motivo, su voz, para Suclla, siempre fue femenina. Así pues, el relato que imaginó y que nos tuvo en vilo hasta poco antes que despuntara el día fue llamado por nosotros, unánimemente, ‘La bailarina inmóvil’, y fue en esencia el mismo que, tras pasarlo años después al papel, iba a darle a Suclla el segundo premio de un concurso. Lo recuerdo bien, y pienso que en ese instante se le metió la tonta idea de que podía ser escritor y también de que debía abandonar el internado.

En fin, aquel cuento, el de la bailarina, al terminar nos dejó algo cansados y con

ganas de pasar a otra cosa. Lo mejor, claro, hubiera sido echarnos a dormir, pero como no podíamos darnos el lujo me puse a hacer estiramientos, sentadillas y, después, unas cuantas lagartijas, por lo que Vizcarra empezó a reír. ‘Ese está más loco que yo’, dijo, y se levantó para imitarme. Al minuto, los cinco estábamos haciendo ejercicio. El que más se quejaba era el sapo Vásquez. ‘Carajo’, decía, ‘nos van a botar de la Facultad, pero por imbéciles.’ En eso, entre brinco y brinco, oímos que abrían la puerta trasera. ‘Putá, llegó Cóndor’, dijo el flaco Subauste, y uno tras otro nos arrastramos hasta debajo de la última mesa de disección, la más apartada de la entrada al salón B. Apenas eran las seis y treinta.

El tipo era silencioso y había que afinar las orejas para escuchar siquiera un poquito de lo que estaba haciendo. Lo bueno era que arrastraba los pies. Al cabo de otro tiempo indefinido, se instaló en el local un silencio enorme, como si estuviéramos metidos en un estanque bajo el agua, y eso, según opinamos, era el indicio de que ya Cóndor estaba chupando su cigarrillo en otra parte. Nos levantamos con harta precaución, intentando no hacer bulla, y ya nos aprestábamos a largarnos de allí cuando escuchamos el inconfundible rodar de la camilla de madera sobre la cual montaban los muertos frescos. ‘Putá madre, justo ahora’, rezongó el loco Vizcarra, y Suclla tuvo que taparle la boca para que no cascara más la lengua, arrastrándolo de nuevo hasta el salón seguido por el resto de nosotros. Allí, con la presión por las nubes, recapitulamos lo que sin duda estaba haciendo Cóndor: empujar al nuevo inquilino hacia La Bañera.

‘¿Qué hacemos?’, preguntó el sapo. ‘Hay que lavarnos las caras’, dijo con toda serenidad Suclla, y lo miramos como si nos estuviera tomando el pelo. ‘En serio. Tenemos los mandiles y, si acaso nos cogen, sólo tenemos que decir que llegamos bien temprano para estudiar, o para lo que sea.’ La verdad es que no tuvimos una mejor ocurrencia y seguimos el consejo, yendo en fila india y de puntillas hasta los lavatorios, maldiciéndonos por la idiotez de nuestra situación.

Nos aseamos lo más rápido que pudimos, rogando que nadie entrase todavía. Al parecer, la suerte estaba de nuestro lado. Tuvimos que ser meticulosos para no dejar ninguna huella que nos delatara y, al cabo, con muchísima desconfianza, nos encaminamos hacia la puerta trasera. Al aproximarnos al corredor, el flaco Subauste, que iba a la cabeza, nos detuvo con un gesto y asomó la vista para saber si no rondaba Cóndor. ‘Nadie’, dijo, y nos apuró. Yo sentía los pies de plomo, aunque los escasos metros de esa ruta de escape dispararon mi adrenalina hasta el tope. No sé cómo pero logramos salir sin que alguien se percatara. En seguida aminoramos el paso y, fingiendo pachorra, tomamos el rumbo al Centro de Estudiantes donde, bajo un espacioso sillón de cuero adjunto al estante de libros, habíamos guardado nuestros mandiles e instrumentos de disección. A los otros mandiles los embolsamos, conviniendo en que, de hallar la oportunidad, los devolveríamos, porque una cosa era bromear y lucrar con los muertos y otra, muy distinta, robar a gente aún viva.

El primer grito lo sentimos a la distancia, cuando estábamos ya de regreso, a la altura de Bioquímica. Fue la primera chispa de un reguero de pólvora que se extendió

de estampía y que no cesó hasta que volvimos a pisar el anfiteatro. Las chicas de enfermería, por supuesto, ya se habían topado con los cadáveres. Hubiera sido imposible lo contrario: en los baños, parados aunque en flojo equilibrio, algunos de ellos se lavaban las manos o los muñones y otros estaban sentados sobre los excusados en actitud resignada; en el salón previo a los vestidores, algunos de ellos se abrazaban imitando el arte erótico de la cerámica chimú, mientras que otros, en los armarios particulares, esperaban contraídos como resortes y tal resortes se desplegaban sobre las muchachas cuando éstas abrían las puertas para sacar sus mandiles; y, por último, *but not least*, la cereza sobre el pastel, sin duda, fue el finado más despachado, con dos meses a costas de jalones, tajos y hurtos, durmiendo su sueño indiferente y eterno en los brazos de mármol de Ferrara de don Hipólito Unánue, nuestro mejor prócer de la Independencia, cosmógrafo, cirujano, humanista y legislador, fundador de la Facultad de Medicina Humana de la Universidad Mayor de San Marcos, centro mismo y creador incuestionable de todo el hemicycleo de anatomía.

La virgen de los rosarios

Against brother-sister incest there is a very curious argument: that if the love of husband and wife were combined with that the brother and sister, mutual attraction would be so strong as to cause unduly frequent intercourse.

Bertrand Russell,
A HISTORY OF WESTERN PHILOSOPHY

De saber, lo sabía el obispo de Lima y hasta el mismísimo Papa de Roma: el penetrante y verdadero olor de la santidad era el de la cochambre. Eso de limpiarse el cutis y el resto del pellejo venía a ser una lisura de pecaminosos y marrulleros; una vanitas vanitatum, como cascaba el Viejo Testamento. Y al respecto, y sin chistar, la pobre Rosario, Rosarito para sus familiares íntimos y otros de igual apego, había salido bíblica en todo y sobre todo en aquello de no bañarse.

A la sazón, pues, era una niña que aspiraba al Paraíso y no estaba dispuesta a claudicar por el aderezo picante de unas cuantas liendres y pulgas, estas últimas también criaturas y muy prójimas de Dios. Además, y ya sacando sus trapitos al aire, resultaba clarísimo que entonces se le aflojaba el buche con las vergüenzas de ser vista desnuda. ‘Pero, mijita’, le espetaba la india Mariana, su sierva, ‘¿quién me la va a ver en su baño si es a puerta cerrada?’ Y la Rosarito que le respondía, avispándose y echando vuelo, ‘¡El Señor! Para Él no hay puertas que valgan’, mientras que la indiana quería

echarle el guante dando voces de que eso era no solo una tontería sino hasta una blasfemia, porque la Rosarito estaba diciendo que el buen Diosito era un figón de las muchachas en cueros. Y había que ver el bochinche que se armaba. Pero, nada de nada. No había argumento, por muy sesudo que fuera, que lograra persuadir a la niña de los hartos beneficios de la limpieza. ‘Quiero ser santa’, decía llorando.

Y así se le fue la infancia a Rosarito. Había sido bautizada como Isabel Flores de Alvar, y aunque por lo de Alvar nunca se previó ninguna cosa de su futuro, el otro apellido sí fue de plácemes desde que la vieja Mariana, miope como ella sola, proclamó que la bebita tenía cara de una cuenta de rosas y el mote echó raíces. De manera que allí la tenían, linda a más no poder, la Rosarito, tan terca como una mula, vergel de capullos y una bendición incómoda para el fraile don Toribio de Mogrovejo, que la confesó en su confirmación y la confirmó en su confesión, también. Porque la ñaña de los Flores comía poco, hablaba poco, jugaba poco y sonreía al primero que se cruzara por su lado, pensando que a las moscas no se las caza con vinagre y que tenía su mérito ser amable hasta con las paredes, ya que los méritos sobre la tierra le aseguraban el cielo, sin duda.

Todo iba de este modo y la Rosarito se estiró hasta hacerse bonita, en realidad tan bonita que hasta quitaba el hipo o lo provocaba, según. Y en esos tiempos en los cuales las frituras, las cagadas, los sudores y las pezuñas perfumaban el ambiente de las casas, las empolvadas calles y sobre todo los mercados, su olor hasta parecía de jazmines y albahaca. De suerte que a nadie extrañó que se convirtiera en la más

codiciada casamentera de la engolada Lima, para contento de su padre, al cual los negocios no le rendían como soñaba y dos hijos costaban lo suyo. Porque hubo dos Flores de Alvar: la Rosarito y Hernando. Y éste, muy luego capitán, fue el primer adepto de ella, pues seguía a la florcita con una devoción tal que le sentaba como anillo al dedo ese dicho del obispo de Hipona, illo feror quoquunque feror, y hasta le ayudaba en los zurcidos de calzones y en el cultivo del huerto, tareas a las cuales no se destinaba nunca a un mochuelo. En suma, que el papá ya se veía con más reales tras el alivio de ver a su Rosarito matrimoniada, sin contar para nada con que del puchero a la boca a cualquiera se le derrama la sopa, como se dice, y etcétera.

Dio la casualidad que uno de los mozos más notorios y bien plantados de la capital, José María de Vallejo y Benavides, hijo de un hijo de marqués español, de oídas se había enterado de la belleza de Rosarito y se empeñó en conocerla. Muy seguro de su facha, su linaje, su carísimo traje de alférez, pidió la dispensa de rigor para presentarse a la casa de los Flores y, naturalmente, no hubo gozne que no se engrasara para darle la bienvenida. ‘Que es nieto de marqués’, le decía con una sonrisa de oreja a oreja el marido a la esposa, y agregaba: ‘Aunque sea feo, no importa. Más caga un buey que cien pavos reales’. De forma que se dieron a la tarea de persuadir a la Rosarito de que, por ser una ocasión singular y de vital importancia, tenía que bañarse. ‘Al menos unas pasadas de trapo mojado, mi niña’, le suplicaba su madre. ‘Siquiera una lavada de gato’, le espetaba su padre. Pero, nones. ‘Lo que quiero es tener limpio el espíritu y no la materia’, les respondía la chiquilla, escondiéndose. Hasta que apareció el hermano

con la vieja Mariana. ‘Ya tanta terquedad es ofensa a Jesucristo’, le soltó con aspereza la india, y esto, además de ponerla nerviosa, hizo dudar a Rosarito. En seguida, Hernando pidió que lo dejaran a solas con su hermana y así lo consintieron todos. Casi una hora duró la encerrona, una encerrona tan silenciosa como el hoyo de un muerto, y ya la impaciencia saturaba al don y los nervios agarrotaban a la doña cuando salieron los dos, la Rosarito primero y Hernando después, con harta seriedad y palidez pero sin asomos de borrascas ni resentimientos. Más bien, en el aire se dejó sentir mucha calma, se diría. El asunto, en breve, es que la Rosario salió limpia, y hasta limpiísima y oliendo a claveles, y éste fue el primer milagro que se contó a hurtadillas, aunque por doquier, con relación a ella. Se había bañado y, semejante a una muñeca de biscuit, su piel resplandecía como si tuviera luz propia.

El hijo del hijo del marqués, el alférez José María, llegó puntual a la cita, a las cinco de la tarde, lo cual, en la Ciudad de los Reyes, era visto como un proceder altanero. De todos modos, la familia estaba lista, enfundada en sus mejores galas y rodeada de un suave olor de incienso que se desperdigaba con afabilidad por la casa. Todavía no estaba Rosarito, pero sí Hernando, al que, desde la escena anterior, aún se le notaba una demacración de enfermo y hablaba lo justo, a duras penas. En fin, aposentados en la sala todos platicaron del clima y de los piratas holandeses de los que siempre se anunciaban saqueos y jamás llegaban. Luego, mientras se dirigían al comedor para servirse chocolate, tartas y panecillos calientes con mantequilla, apareció la Rosario. Y allí se produjo el segundo hecho extraordinario. El alférez José María, que

hasta esos instantes había demostrado aplomo y locuacidad envidiables, enmudeció. Enmudeció completamente. Y su rostro parecía estar diciendo trágame tierra porque ya vi la Gloria y nada más se puede pedir en la vida, y don Flores y doña de Alvar decían ésta es nuestra hija, Isabel, ya quisieran tener otros la felicidad de una prole así, fijese, y sentémonos, por favor, y de pronto el tal José María se fue abajo, cuan largo era, sin poder soportar aquel deleite, desmayado y anhelando no despertar por si todo no había sido más que una dichosa alucinación.

Bien se sabe que, mientras dura, el amor es eterno. Y fue amor lo que fulminó al joven José María y le cortó la lengua para siempre, pues jamás pudo articular ni una sola palabra adicional a las únicas que dejó trastabillar esa tarde: ‘¡Pulvis amore iacet!’ , que, por cierto, nadie comprendió porque no era periquete idóneo para andar haciendo memoria de latines. La cosa es que Rosarito se portó a la altura de las circunstancias, buscando un paño con agüitas de azahar y untando frescura, o mejor calenturas, sobre la frente del arrobado alférez, que no salía de su asombro ante tamaña preciosura. Entre tanto, la familia estaba ya de plácemes pues cavilaban que un marido idiota era el adecuado, cuando, de improviso, la niña largó aquella sentencia que iba a sepultar cada una de sus esperanzas hasta el Juicio Final. ‘Yo ya tengo un amor y a él me debo’, dijo. Y agregó: ‘Seré dominica.’

Ni amenazas, ni súplicas, ni lamentos alteraron su decisión, y únicamente Hernando, leal a ella, defendió el propósito de su hermana. ‘Que no tienes aún cabeza para resolver irte a un convento’, le gritaba a la chiquilla su progenitor, a lo que

objetaba, sereno pero firme, Hernando: ‘Entonces, padre mío, déle tiempo para tenerla y después que elija ella’. Y así, contantes y sonantes, brincaban de acá para allá los reproches y terciaba calmoso Hernando, olvidados todos del pobre alférez José María. Éste, todavía con sangre en las venas, hizo acopio de su hidalguía y, probándola con creces, tomó la mano derecha de Rosario, se inclinó como nunca antes lo había hecho delante de una imagen sagrada y depositó en el aire, a unos milímetros de los dedos, un silencioso beso. Después, se enderezó como un borracho, giró sobre sus talones y salió esforzándose por no dar tumbos hasta lograr la salida. Y de él no se supo nada hasta muchos años luego, cuando lo encontraron convertido en fiambre, colgado de un farolito oxidado y a unas pocas zancadas del cenobio de Santo Domingo, con una nota en el pecho que repetía eso de polvo iacet y un garabato irónico por firma: ‘De Vallejo y Benavides, humilde hijo de hijo de marqués’.

De esto, Rosarito no alcanzó a enterarse. Se enclaustró en su habitación, o poco menos, durante diez largos años, en los que se guareció de una lluvia de peticiones de noviazgo y en los cuales, por otro lado, admitió exclusivamente la compañía de su hermano y, de cuando en cuando, la de su madre, su padre y Mariana, a la cual, abarrotada de achaques y ciega, pudo enterrar en el huerto y cosechar de encima de la tumba las diversas yerbas para infusiones y lavativas de uso propio. Hernando le leía pasajes del Cantar de Cantares y algunos versos de fray Luis de León, sobre todo aquellos que se iniciaban con vivir quiero conmigo y gozar del bien que debo al cielo, y se terminaban diciendo libre de celo, de odio, de esperanzas, de recelo. Y la Rosario

que se enrosaba, pinchándose con la aguja de bordar y coser, porque acaso el cansancio la entorpecía, pero igual tornaba al trabajo, que con manteles, faldones y camisas ayudaba a la familia y, asimismo, se daba un poquito de comer. Y tanto comía ella como Hernando, que iba camino a convertirse en otro Rocinante de puro flaco, pero, extrañamente, no menos bello que su hermana, pese a unas cicatrices de viruela y las demás que la existencia va dejando como riachuelos secos en los hombres. De esta suerte marchaban los días, hasta que Hernando, puesto en la milicia, recibió la orden de zarpar hacia el norte, a los cuarteles de Trujillo, y entonces la Rosarito juzgó que ya había llegado la hora de los votos y, al amanecer de un lunes de agosto, se dirigió al convento, seguida de muy cerca por su madre y su padre, este último más atribulado que una plañidera. Allí, despojada de sus vestimentas laicas, tonsurada y bendecida, recibió el hábito de las terciarias, y al cabo de ataviarse dio a sus mayores un apretado e inacabable abrazo en común, y les dijo hasta pronto, no lloréis pues regreso al camino de la santidad, y luego de otro abrazo aun más fuerte traspasó los portones labrados del noviciado, que, exhalando un graznido, se acolaron a sus espaldas.

Del resto se sabe lo que se sabe, y, la verdad, se sabe poco. La Rosarito construyó con sus propias manos una chocita donde anidar, en el centro de una diminuta vega de legumbres, y después se hizo un cinturón de plata tachonado con espinas de rosales para que le sirvieran de cilicio alrededor del vientre. Con los meses, su olor de santidad crecía y crecía y las otras muchachas del convento, e incluso las veteranas, sencillamente optaron por dejarla en paz y la saludaban arrugando la nariz,

precaviendo su distancia. Todo, por consiguiente, se iba en avenencias, y las originalidades de la nueva terciaria, caritativa hasta con las ratas y las hormigas, fueron creándole fama de purísima. De manera que a la noticia, por una vez finalmente cierta, del letal e irremediable advenimiento de dos urcas y tres galeones capitaneados por el hereje George Spilbergen (dispuesto a sitiar, desde El Callao, la capital del Virreynato), el cotarro de religiosas hizo zafarrancho alrededor de Rosario gimoteándole para que intercediera ante la Providencia por sus virginales anatomías, ya que por la salvación de sus almas ellas bien podían defenderse donde quiera y como fuera, lo juraban sobre la cruz, con honestas cuentas. Y la Rosarito accedió, segura de su misión en este valle de lágrimas. Y sacudiéndose la túnica pringosa y ajustándose su mortificación de espinas fue a la cabeza de las terciarias y demás monjitas hasta el templo de Nuestra Señora de las Aldabas. Y en aquel lugar oyó el rumor creciente de que los corsarios se aprestaban para tocar puerto, y sin pensarlo dos veces se trepó en el altar mayor, se desgarró los hábitos hasta quedar íntegramente pelada y, mientras rezaba un muero porque no muero, cubrió con su cuerpo al Cristo del sagrario para defenderlo de la iracunda amenaza de aquellos piratas holandeses que bufaban a más de dos leguas de allí, en realidad, lejísimos.

Entonces, se dio el tercer milagro. El tal pelirrojo Spilbergen, bastante seguro de la victoria, quiso adelantar un traguito de sabe Dios qué bebida del diablo como aperitivo del pillaje, y por descorchar con los dientes el asunto, de tan fermentado que estaba su néctar, el alcornoque le salió disparado hacia el cogote y lo taponó rebién. O

sea, que lo asfixió. Y advirtiéndose de este modo decapitados los piratas, optaron por llevar anclas y hacerse otra vez a la mar, tanto por respeto franco a la figura de su jefe muerto de una manera tan imbécil como, evidentemente, por temor a que la mala fortuna les salara el día por completo. En consecuencia, lo de la Rosarito dejó de ser una escandalosa impudicia para metamorfosearse en una fuente de bienaventuranzas, de santimonias, de virtudes y ejemplaridades sin par en la Colonia. Y ése fue el prelude del iniciarse de sus desgracias. Porque, con tan buena fama, se le fue al pozo del abandono su privacidad y los portones del cenobio se vieron colmados de gentes que le rogaban más y más milagros, sobre todo los de sanación y adivinanza. Entonces, ya sentían los limeños que volvían los tiempos del décimo virrey Acevedo y Fonseca, cuando estuvieron de moda las maravillas y los prodigios en esos reinos del Perú, pues a las prácticas de la Rosarito se sumaban las curaciones benditas del herbolario Martín de Porres, los doctos consejos del mentado fray Toribio de Mogrovejo y el perenne espíritu redentor de don Juan Macías. Y cada cual tenía sus preferencias por éste, esotro o aquélla, y no había tregua posible a las solicitudes y los requerimientos de favor por cualquier vulgar quíteme estas pajas, mi usía. Por tanto, Rosario, con el arisco permiso del abad, escogió a tres novicias para que, sin abrir la boca, con solo asentimientos y señales de bendición, sirvieran de placebos a esos que creyeran que se hallaban en su efectiva presencia, puesto que de las verdaderas necesidades de los pobladores se haría cargo ella misma, en persona.

Fue como lo previó. Adquirió una reputación que únicamente se la puso en

disputa, de igual a igual, sin apetito ni aspiraciones, el modesto negrito Martín, ya que ambos, en la fantasía de los vecinos y demás chisgaravís, eran ubicuos y curatodo. Sin embargo, un mediodía, a la hora media de la misa, la energía de la Rosarito se vino al suelo entre sus Deum de Deo, lumen de lumine, pues en lugar de postrernarse con los ojos cerrados se fue de bruces con los ojos abiertos, mellándose contra el reclinatorio, y no hubo modo de traerla a la consciencia sino hasta pasadas las vísperas. El exceso de cometidos, la pobrísima manutención y las constantes sangrías de su talle casi la habían arrastrado hacia la peana del sepulcro. ‘Contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar’, le decía después la superiora, poniéndole trapos calados con enfado y vinagre, tantito mosqueada por el revuelo diario de la celebridad de su terciaria y por esa inconmovible decisión que ésta tenía, parapetándose en los Evangelios, de no quitarse nunca, ni para dormir, la descablada túnica dominica. Rosario entonces le contestaba, dándole con la mula al trigo: ‘Si es por nuestro Señor, no hay martirio malo sino gozoso’, y noche tras noche la superiora salía de la choza lívida de agotamiento.

Al mes nadie apostaba ni un peso ensayado por la salud de la Rosarito, y ya su familia estaba en tratos de alquiler con las lloronas, y ya se preparaban los responsos con la previsión debida cuando, llegada un alba de media semana, recios golpes hicieron temblar los postigos de la sacristía del convento. Pasado el minuto se abrió desde dentro una portezuela, y al asomarse la novicia de turno, apenas sacudiéndose de las pestañas su duermevela, se quedó estupefacta. Jamás había visto tan de cerca a un

caballo pertrechado para cualquier guerra y, sobre él, a uno de los más buenmozos jinetes de capa y espada que cupo en su imaginación. ‘Quiero ver a mi hermana’, vociferó él sin mediar saludos. La pobre chica tartamudeó. ‘¿Y a quién anuncio?’, dijo. ‘A Hernando Flores de Alvar, el hermano de Rosario de Lima’, afirmó el joven, bajándose del alazán. Para no dar nimios y copiosos detalles de la escandalera que se armó, basta con informar, yendo al meollo de la historia, que Hernando había retornado con el grado de teniente de lanceros y que cargaba en el cinto, no solo la espada y la toledana usuales, sino también un extraño paquete de fieltro atado con un ribete azul. Y no hubo poder ni mojigangas que lo detuviera. Esa mañana se cargó a la Rosario.

Fue, en lo que tuvo de memoria, el segundo baño feliz de su existencia. Se dejó quitar, poco a poquito y con una docilidad de mujer raquítica, el sayito apañado y mordido por el tiempo y otras tantas sabandijas, y se dejó mecer así, como la niña en cuna que jamás quiso dejar de ser, hasta sumergirse en las cálidas aguas de una tisana de romero y manzanilla, y se dejó frotar, pues, con unas deferencias y unas ternuras que creyó miserablemente perdidas en un añoso pecado que su cilicio de espinas no fue capaz de enterrar en el olvido. La estancia donde estaban tenía un fanal embozado con tul, y, aun en penumbras, Hernando notó entre los pliegues mugrosos del hábito otro paquete semejante al que tenía él, pero amarrado con un ribete rojo. Eran sus cartas.

La Rosarito, pese a la firme oposición de uno que otro galeno, se tardó

muchísimo en morir. Recién lo hizo tres años después, en la discreta casona de unos amigos de la familia, los Del Mazo, orillando los laudes del día del fiestón de San Bartolomé. Cuando se regó la noticia fue como pólvora encendida, todo chispas, y de los más apartados rincones vinieron al tiro, en peregrinaje, las gentes. La luz del crepúsculo anegó Lima durante noventa y seis horas gracias a las antorchas que obligaban a las sombras a recular y a un indesmayable sol de invierno. Por los muros de la vivienda trepaban los lamentos, y éstos solo se callaron tras abrirse de par en par las rejas, dando inicio a una procesión sinuosa, lentísima y bamboleante en ruta hacia la sacristía. Como única escolta de parentela iban don Gaspar Flores, doña María de Alvar y Hernando, de riguroso luto; a su vera andaban frailes y monjas dominicos. A la mitad del camino, la multitud, picada por el hambre de ver pasar sin provecho una reliquia al menos pequeñita de la Rosarito milagrosa, se desbordó y empezó a deshilar la limpia túnica de terciaria que le habían puesto. En cuatro ocasiones desenvainó la espada Hernando y también en cuatro ocasiones tuvieron que volver a cubrir con un nuevo atavío a su hermana. La Rosarito llegó a la sacristía a trompicones y sin el dedo pequeño de un pie, sajado en una de esas camorras. Ya era santa. Y Hernando, sorbiéndose los mocos, habiendo rezado su *mortuorum et vitam venturi sæculi*, se despidió de ella con un efímero beso en los labios, musitando apenas: 'Isabel'.

La mezquita

Il n'y avait rien d'autre sur la terre, rien, ni personne. Ils étaient nés du désert, aucun autre chemin ne pouvait les conduire.

J.M.G. Le Clézio, DÉSSERT

La mujer que está escribiendo de espaldas a la chimenea proviene del norte de Ankara o de las costas de Nicosia o acaso de un pueblo simple y desollado por las guerras y los siglos frente al Mar Negro. Esto es lo que pones aunque sabes que no importa ahora. Importa que es aún musulmana y que no ha renegado de su fe pese a la dureza de su existencia y a los largos años vividos en diversos lugares de Norteamérica. Que por encima de todo siente la amargura de un estigma que no merecía y de una culpa que no fue suya pero cuyas consecuencias hubo de padecer desde que su marido le confesó su error. Él había bosquejado mal los planos de una gran y costosa mezquita que se llegó a edificar bajo sus órdenes.

Aquella mujer tiene hoy setenta y nueve años. Por su lado sabe que es poco el tiempo que le queda debido al cáncer que la consume y quizá de allí nace su urgencia de escribir. De trazar con persistencia los signos que aprendió en los márgenes de sus faenas diarias y que con mucho esfuerzo graba sobre el papel. De estar en paz consigo

misma entreviendo en la sinuosa escritura su vieja preocupación y entre las palabras evanescentes sus pensamientos.

Bien sabe que esas palabras serán únicas. Que otros podrán leer lo que ha escrito pero nunca leerán lo mismo pues en ese cuaderno las palabras no tendrán de nuevo la significación que para ella tienen.

No muy lejos de aquel escritorio de cedro está una muchacha recostada sobre un canapé. Finge leer una revista pero en verdad mira con atención a la anciana que escribe y que no tiene ahora nombre y que calladamente se cuenta a sí misma las suras. La muchacha no quita los ojos de encima de aquella mujer cuyos dedos sólo dejan de temblar cuando repiten otra vez lo que hace mil cuatrocientos años dictó un hombre del cual la tierra ha hecho pelusa de trigo y estiércol y polvo.

A través de la ventana de esa habitación puede verse una porción del parque de guajillos que precede al edificio de la mezquita.

La anciana tiene grandes carnosidades en sus dos ojos que ahora van lentamente de un punto a otro en el horizonte. Trata de aquilatar qué tanta diferencia hay entre sus recuerdos y lo que hoy mira desde su secreter. Entonces te dices que en un siglo que empalmaba ya dos décadas convulsas ella había arribado a Nuevo México requerida por el que iba a ser su marido. Él tenía veintisiete años y ella iba a cumplir los catorce. Su familia se había visto diezmada por un fuego cruzado entre las tropas

del rebelde Gazi Mustafá Kemal y las últimas defensas del Imperio Otomano que se caía a pedazos. Sobrevivieron dos de sus hermanos y tal vez el padre que nunca quiso dejar esa patria en la que se pudrían insensiblemente los despojos de sus demás hijos y de su mujer asesinada. En cambio éste que llegaría a ser el novio de la anciana que hoy escribe tuvo de seguro un destino diferente. Proveniría de Jordania y de la rama empobrecida de una familia que se preciaba de una remota ascendencia dinástica y que alcanzó a convertir en oro y plata sus pertenencias con el fin de escapar de la traición inglesa. Luego el Imperio Otomano cayó y ninguno de los miembros de ambas familias pudo volver y acaso tampoco quiso volver.

Es de mañana. La anciana confía en que esa mañana el Señor todavía no la ha abandonado ni la aborrece. ¿Acaso no halló refugio encontrándose huérfana y guía cuando se creyó extraviada y no cayeron en sus manos riquezas tras descubrirse pobre? Reza entonces. La mejor mezquita para una mujer es el interior de su casa dijo el profeta. Reza. Pero se distrae constantemente nadando en lagunas de absoluto mutismo ya que su memoria tiene largos paréntesis en donde nada existe. Entonces recita insensiblemente que han malvendido los signos del Señor y han desviado a otros de Su camino. Qué detestable es lo que se ha hecho. Luego te percatas de que es su cuerpo el que interroga. ¿Fue tan detestable? se dice. ¿No hay piedad para los yerros humanos que no se premeditan? se dice. Pero antaño calló su lengua cuando quizá no

debía callar y las dudas que entonces no se atrevió a compartir hacen que ahora viva su último año acuciada por la expiación.

Bien sabe la anciana que la noche fue designada desde la creación de los tiempos para el reposo y el día para infinitos instantes de vigilia. Pero rara vez tiene reposo y su vigilia es tal que semeja a la que agobia al cazador que pasa horas detenido en la mirilla de su arma. Y el día recién comienza.

La chimenea está apagada pero aún tibia y de espaldas a ella la anciana escribe para sí misma y para dejar una silenciosa constancia que desde lo ocurrido no hubo un solo minuto de su existencia sin culpa ni arrepentimiento. ¿Exagera? Sí. Pero entiendes que ella no se da cuenta y está convencida de la perennidad de sus motivos. Para la gente de Occidente se trataría de un hecho simplemente incómodo y hasta ridículo. Por el contrario comprendes que para su esposo representó una vergüenza ostensible que lo volvió prematuramente irritable hasta las postrimerías de la muerte. Por eso crees que quizá sólo el consuelo de morir le dio a él un atisbo de tranquilidad en las jornadas de expiación que se impuso con miedo y a la vez rabia desde que acabó los planos de la mezquita que en esa ciudad le encargaron diseñar. No era la primera ni sería desde luego la última y ni siquiera se trataba de la más grande o importante pero la comunidad de fieles había quedado tan satisfecha con el resultado que él no se atrevió a contar la verdad. Y la verdad era que se había equivocado en fijar los ejes de dirección. Las coordenadas. Que la gran mezquita diseñada por su marido cuando éste apenas contaba con veinticinco años no apuntaba hacia la Meca.

Te fijas en esa mano que escribe y distraídamente vas numerando el archipiélago de lunares que la vejez sembró en su epidermis. Después y sin motivo alguno te dices que ella arribó a las costas de Norteamérica cuando nada hacía presagiar la cizaña de la Gran Depresión. Era una novia que ni siquiera en sueños había logrado hacerse una imagen de aquel esposo que le deparaba su familia acaso porque el viaje la había mantenido con todos sus sentidos crispados día y noche por el miedo. Entonces apenas contaba con trece años y los frenéticos embates del océano le enseñaban de pronto el sediento acoso de la muerte y el barco cargaba en sus entrañas una apretada muestra de las diversas razas de este mundo y casi toda muy pobre. En el largo viaje gran parte de aquella gente no pudo asomar a cubierta y sólo quienes provenían de clases trajeadas con finos paños de seda y lino tuvieron acceso a los estrechos y desvencijados camarotes. El resto de mujeres u hombres o viejos o niños viajaban hediendo a orines y excrementos y tan hambrientos que con el paso de las semanas fueron lanzados al mar algunos cadáveres cuya piel reseca delataba signos de mordeduras. Por su parte la tripulación no era de fiar y menos el capitán. Pero los pasajeros juraron un pago a contraentrega de sus propios cuerpos y eso tal vez hizo que la tripulación se contuviera. Quizá ese capitán tenía una ruta de negocios bastante segura y dispuesta para rato y no valía la pena tanta gente estropeada. En cuanto a ella

iba escoltada por sus tres hermanos y cada uno de los tres dejaba ver en el cinto un arma de fuego.

Mira tu sombra le dijo él. Obsérvala. Es el delicado perfil de tu cuerpo. Únicamente los cadáveres no tienen sombra. Por eso creo que cada sombra es un anuncio de nuestra muerte.

Y con estas simples palabras se presentó a sí mismo su futuro marido.

La muchacha que cada cierto tiempo levanta los ojos no sabe que esa vieja mujer prosigue con la tarea de acordarse de su marido y de la construcción de aquella mezquita y de todo lo que más tarde significó para ambos. No sabe y aún no puede saber que la anciana recuerda que tal hombre le fue presentado cuando ya la mezquita estaba por terminarse y se planificaba su pronto uso y que en esos momentos parecía tan joven como ella misma a la vez que hartamente más anticuado. Recuerda que llevaba puesto un traje inglés de tres piezas estilo decimonónico y su cabello y cejas y pestañas y barba negros y tupidos completaban una apariencia discordante. Que era distraído y no intentaba esconder sus manías y una de ellas era morderse con los molares la parte interior de los carrillos después de preguntar ¿no? al cabo de cualquier opinión. Que la más incómoda de todas sus manías era una honestidad sin escrúpulos y que al respecto

la consolaban diciendo que sólo Aquel que no ha sido engendrado podía ser perfecto. Pero entonces en aquel inicio no se preocupó de esto. Únicamente sintió que iba a ser difícil hallar en él un indicio de las formas eternas de las que tanto le habían hablado sus mayores.

La muchacha contempla detenidamente a su abuela y se da cuenta de que ella no sabe que su memoria es un arcón de objetos deslucidos y falsos que no corresponden con lo que fue su vida desde que pisó Nuevo México. Sin embargo te dices que también aquellos objetos son ciertamente reales y ahora mismo dan sentido a su existencia pues aunque falsos y deslucidos sin embargo son de algún modo íntimo y secreto verdaderos. Esta al menos ha sido tu experiencia. Luego sin saber por qué te esfuerzas por recuperar de las sombras a tu abuelo. Es en vano. Sólo aparece una fotografía en sepia y lo mismo daba que hubiera sido el retrato de otro hombre igualmente desesperado. Miras de reojo a la anciana y piensas que el verdadero problema fue el mihrab. El nicho de oración en el muro. Fueron tantos los escrúpulos por abocetar con belleza ese mihrab que él descuidó la exacta orientación del muro y así de toda la mezquita. De cierto hizo los primeros trazos calcando el rudimentario plano de la ciudad para sobreponer éste al plano de norteamérica y a su vez extender el conjunto sobre un globo terráqueo de la oficina de correos. La suya había sido una técnica rudimentaria y llena de fe que estableció el lugar inamovible donde se colocaría la hornacina de los rezos. Pero lo esencial hubiera sido alinear con escuadra y compás el trayecto del muro. El muro era lo esencial. La qibla. Eso piensas. Pobre hombre.

La última vez que la anciana entró en la mezquita fue hace dos años. Quizá algo menos y ya en tiempos y lugares un poco más flexibles con la mujer. Con cualquier mujer antes las cosas eran tan definitivas como una piedra caliza o la muerte pero dos años atrás la anciana pudo caminar sobre aquellas baldosas de seis puntas que eran todavía las originales y sus pasos no irritaron a nadie. Al menos nadie se atrevió a decirle ni una palabra a esa anciana que los vecinos casi habían olvidado y que sin arrodillarse pasó media hora en silencio tan enigmática y delicada como una silueta. Nadie le habló pese a que la vieron transgredir su natural emplazamiento para ubicarse de pie en el amplio sitio de los hombres que a esas horas de la tarde acogía a siete de ellos. Así estuvo la anciana muy quieta frente al rectificado muro del mihrab. Frente a esa estricta qibla. Quieta. Muy quieta. Quieta hasta que el agotamiento o el desencanto la obligó a mover pausadamente cada uno de sus miembros entumecidos y sin dirigir la mirada a ninguno de aquellos hombres caminó sobre los vestigios del anterior y proscrito muro. Vestigios que tan sólo ella pudo ubicar entonces.

Años atrás ya había comprendido la manera con que aquel joven que llegó a ser su esposo fijó las direcciones de la qibla y del mihrab con un ánimo tan ebrio que parecía fluir del arrobamiento místico y que luego se definió como estupidez. Él hizo lo que hizo en el mes de Ramadán y desairó cualquier ayuda. Tanteó con varas una empinada colina y desde arriba dedujo la diferencia de alturas meridianas del sol en los dos

extremos del horizonte. Su lógica fue la más tradicional de todas. Había aceptado sin prudencia que un grado del radio de la Tierra equivalía a lo dicho por Abu al Rayhan Muhammad ibn Ahmad al Biruni en el siglo XI y bajo esas pautas rudimentarias dio sus cálculos por definitivos. Fueron dos años de cimentación y al fin se dio por cumplida la obra y se proclamó la inminente actividad de la mezquita. Muy poco después llegó a Nuevo México un viejo arquitecto de los más viejos entre los imanes. Autodidacta. Fiel a lo absoluto. Al día con los estudios de geodesia ya que estaba en juego la exactitud y la verdad. De suerte que tal hombre revisó de pies a cabeza los planos del edificio y de la ciudad y del país y luego solicitó hablar en público. El joven jamás volvió a ser el mismo desde entonces.

Hará una semana que la anciana tuvo un desmayo delante del televisor y después oíste de sus propios labios algo que te pareció inverosímil. Se trató de una manada de chimpancés en el África. En una selva casi virgen. Un grupo de esa manada fue filmado en secreto mientras cada uno de aquellos chimpancés hurgaban en los hormigueros con ramitas secas. Parecían concentrados al punto de que nada ni nadie los podría sacar de su empeño por devorar algunas hormigas que se defendían como autómatas y recibían la muerte tal como recibe un mijo seco el trastorno de las lluvias o los vendavales. Todo iba de este modo hasta que la brisa les trajo un nuevo olor que erizó la mata de pelos de su espalda. Era el aroma de un intruso. De otro chimpancé.

Éste acaso se había extraviado de su manada o sencillamente llevaba a cabo una exploración de los límites de su propio territorio. Un insignificante territorio si se lo coteja con todo África. E iba de tal modo a favor del viento que a su nariz no le llegaba ningún aviso de peligro y cuando al fin cayó en cuenta de lo que se venía ya no tuvo escape. Lo apresaron entre siete u ocho y casi en seguida iniciaron el martirio. Lo empujaron. Lo golpearon. Lo empujaron y lo golpearon con grandes cortezas de troncos viejos o con piedras. Lo mordiscaron con ferocidad. El intruso parecía un crío o un inválido al que podía zamaquearse sin que ofreciera más resistencia que llanto y gritos. Hundían en él los colmillos y jalaban hasta arrancar pedazos no sólo de piel sino de arterias y grasa y músculo. Lo desollaron vivo. De pronto una de las piernas del intruso fue desmebrada y los chillidos de orgullo y exaltación de los demás chimpancés alcanzaron su ápice. Al poco tiempo del husmeador quedó un abdomen tan desvalido que semejaba la concha vacía de una gran tortuga puesto que su cabeza y el resto de los miembros estaban desperdigados.

Dijo Así trataron a tu abuelo. Y volvió sus ojos hacia el adarve de aquellos otros ojos que a la puerta de la mezquita reprimían su desprecio y rencor como las represas soportan las aguas para que no se desborden. Eran ojos negros y bellos de largas pestañas. Ojos de mujeres tan viejas como la anciana que se atrevió a traspasar el dintel y que sabían muy bien lo que a la sazón tú no sabías. En ellos tenía su guarida una sigilosa repulsa que se arrastraba por los aires como una víbora sin peso. Pero la

anciana ya era inmune a toda esa violencia que amenazaba con pulverizar su cuerpo erosionado por la enfermedad y la senectud.

Esa misma noche defecó sobre la cama por primera vez. Había perdido mucha sangre por el ano pero no se había dado cuenta de la magnitud hasta que quiso levantarse y no le fue posible. Estaba muy débil. Durante las últimas semanas se vio obligada a usar pañales y esto la avergonzaba a tal punto que se los ponía en secreto. Tú no la viste aunque mucho después pudiste imaginarla en el trance de recoger palmo a palmo las sábanas manchadas de sangre y excrementos para trasegarlas en el baño con unas manos que tiritaban de frío y desolación. Ya para entonces hablaba poco. Había preferido por tantos años la soledad que le significaba un esfuerzo innecesario y agotador concertar sus ideas con la lengua. Y las raras oportunidades en que respondía a las preguntas lo hacía siempre con balbuceos y evasivas que apenas podían descifrarse.

Saliste del cuarto dejándola dormir. Estabas descalza y a cada paso los tablones del piso liberaban un reseco gruñido. En la habitación donde ella escribía los papeles y cuadernos se hallaban desperdigados y cada hoja mostraba una letra menuda y de caligrafía acaso una vez elegante pero que hoy dejaba tan sólo un rastro turbio. En realidad no había escritura. Era un hatajo de signos que al fin no decían nada.

Abandonaron Nuevo México sin rumbo fijo aunque ella estaba embarazada y su vientre le ponía impedimentos para caminar de prisa o estar sometida a los zarandeos del ferrocarril. En cierto momento alguien les dijo que El Paso era un lugar promisorio y hacia allá fueron en una época de vientos caldeados que incrementaban las sacudidas del tren. Descendieron en una de las menguadas riberas del Río Grande y después nadie supo de ellos o nadie se interesó ciertamente por ellos e inclusive el olvido pareció que por fin había tragado todas las migajas de su existencia. Pero al cabo de cinco años los paisanos que se soleaban en la plaza mayor y que tal vez fueron los mismos que los habían visto partir pudieron ver asimismo cómo sus dos hermanos la traían de regreso. A ella y a un niño canijo y moreno que pese a no poder articular todavía una oración completa se fijaba en todo con resentimiento.

Fueron instalados en una casita de adoquines blancos y espátos calizos. La misma que hoy ha transitado la nieta y que entonces significó un encierro para la mujer que había dejado atrás a su marido asesinado.

Piensas que el verdadero amor en la vida de la anciana fue ese hijo que contra todo augurio alcanzó a vivir cuarenta y seis años. Lo había esperado con avidez puesto que el mudo fingimiento o en ocasiones el atropello de palabras reiteradas e íntegramente superfluas era lo que iba quedándole de su matrimonio. La vida sin obras

está vacía y carece de méritos y por tanto el Libro de los Hechos será la base para el juicio divino le decía su marido. O más preciso sería indicar que se lo decía a sí mismo con su manera convulsiva y atropellada y dirigiéndose a los tabiques de aquella reducida vivienda de adobes que alquiló a media milla de la estación del ferrocarril. Hablando como si aquel pueblo al que había conducido a su mujer y a su hijo por nacer no tuviera porvenir y mantuviese aledaña la posibilidad de un repentino escape. Se lo decía una vez y otra para recordarse que pese a todo había diseñado una mezquita en honor a su credo y que equivocada o no ésta era una bella obra y se hallaría inscrita para siempre en el Libro. Incluso se lo repetía cuando salía a deambular entre el polvo levantisco de aquel territorio donde únicamente hablaban los vientos en un lenguaje que era acaso la grafía perfecta de la soledad.

Aparte de refugiarse en su torpe silencio o en la verborrea él no hacía nada. Ella estaba aprendiendo que los desgraciados son egoístas y maliciosos e injustos y crueles y menos capaces que los idiotas de comprenderse uno al otro.

Ya no tenían ahorros. Él había comenzado a vender los pocos bártulos que tenían y después uno tras otro los instrumentos con que se había aparejado para su fallida suerte de arquitecto. El alimento se volvía cada día más escaso y entonces ella supo que debía elegir entre la vergüenza o la inanición. Esa misma noche destazó sábanas y colchas y paulatinamente las fue agraciando con encajes y cuencas de colores y hasta

destrenzó arbustos secos para mallar cubiertas de talegos y vender todo ello al crédito a las mujeres de rancho. Así hubo varios domingos en que llegó a coser de sol a sol alentada por la escrupulosa delicadeza que había obtenido de la innumerable hélice de hembras de su estirpe.

Él la miraba hacer. Inquieto. Gradualmente se le hacía más insoportable estar bajo el mismo techo y fijarse tanto en ella. Por consiguiente empezó a largarse a cualquier hora para huir de su propia agitación. Ya afuera iba borrando sus pisadas sobre el páramo sediento como si alguien lo estuviera rastreando para hacer de él un despojo de rapiña. Parecía tan perdido que daba la impresión de estar en todas partes y sólo viraba en redondo hasta que la oscuridad era tan intensa como el miedo que lo transfiguraba de hecho en un animal encolerizado.

Una madrugada la despertó a remezones. ¿Saldrás a vender? dijo. Parecía no estar en sus cabales. Ella se sobrepuso y contestó que sí con un hálito que fue menos una respuesta que el sollozo de alguien que no puede salir de una pesadilla. Él la golpeó de lleno con el puño y en la pared junto al catre se aglutinaron unas chispas de sangre. Lapidarás por completo mi honra dijo. Luego se golpeó a sí mismo en las sienes y repitió enseguida Lapidarás por completo mi honra varias veces. Quizá tuvo la intención de maltratarla de nuevo porque elevó sobre ella sus manos pero aquel gesto quedó suspendido como el de una marioneta que se queda inmóvil a falta de tracción.

No volvió a aparecer por la casa durante tres largos días.

Antes del segundo día ella puso los géneros de su empecinado trajín en un arca y la encimó al lomo de una mula y se echó al camino jalándola como a una mascota intratable y con el miedo de no hacerse entender con su inglés de verbos guturales. Así fue que pinchándose y tajándose las manos pudo granjearse en pocas semanas el interés de algunas vecinas que la miraban y trataban en principio como a un mamífero exótico y después con enorme fastidio reconocían en ella los visos de sus propios quebrantos. Marchaba a la venta con una porfía tal que durante algunas semanas atajó el hambre y la pobreza que la emboscaban. Y así estuvo hasta que una mañana de verano su matriz se desaguó violentamente mientras empujaba a la mula que se había frenado por pasar una revista soñadora a los ocotillos.

Cuando recobró los sentidos oyó que le decían Son glicinas del japon. Era una voz de niña y esa niña desconocida tenía en sus manos una pequeña maceta con flores. Ella intentó sonreír pero sintió que incluso ese leve movimiento le restaba energías. Otras voces de mujeres surgieron detrás. ¿Cómo se siente? dijo una. La vio el doctor dijo otra. Tenían ese acento mexicano que volvía más fácil el inglés para ella. Le dijeron que la niña la había encontrado muy cerca de la empalizada del rancho. Le dijeron que once días atrás le habían comprado una manta bordada y un cesto ¿lo recuerda? Sí. Recordaba. ¿Perdí a mi hijo? preguntó débilmente. Aún no pero tiene que dejar de trabajar le dijeron. No puede seguir cargando esos bultos le dijeron. La mula

es la que los carga respondió ella. Las mujeres se encogieron de hombros. Es eso o su hijo le dijeron. Entonces ella no supo qué contestar.

Puedes imaginar que a él no le quedó otro remedio que reemplazarla. Y así lo hizo. Le exigió un tiempo aprenderse las rutas que había surcado su mujer a través de la estéril calima polvorienta de primeros de junio y más tiempo ganarse la confianza de las gentes que miraban bajo sus párpados un acecho de locura. Pero lo hizo. Luego progresivamente fue mudando la venta de géneros de telas y morrales acicalados al comercio de albardillas para los aguadores y calzas para los vaqueros y de vez en cuando para cualquiera algunos pares de botas que él revivía con mucho esmero tras sacarlos de los basurales. Sin embargo ni siquiera el respeto que iba adquiriendo por su prolijidad y honradez lo privaba de sombras. Ni siquiera la inminencia de la aparición de su hijo que en realidad llegó cuando menos se lo esperaba en un amanecer de medialuna lo distrajo de sí. Tuvo que escuchar repetidas veces las súplicas de ella para levantarse y llenar una palangana con agua caliente y salir en busca del médico mientras ella misma paría a solas y después seccionaba el cordón umbilical con sus tijeras de costura y acercaba al crío embadurnado de moco y plasma hacia sus pechos descubiertos.

Él volvió unas horas después. Solo. El médico nunca apareció y tampoco hizo falta.

En la habitación todo está en calma. Sientes frío. La anciana ha vuelto a sangrar y está débil y acaso al borde de la anemia pese a los fármacos que recibe. No obstante cuando cruzan miradas ella sonrío. Percibes que ya no le alcanza la fe pero sonrío.

Pones carbón y leña en la chimenea y la enciendes. Es agradable oír el crepitar del fuego y ver las llamas que parecen almas indiferentes a todo lo demás danzando sobre la madera hasta desvanecerse por fin en cenizas. Estás pensando naturalmente en la anciana. A continuación piensas de igual modo en tu padre y no sabes porqué hablas en voz alta recordándote lo poco que conociste a tu padre. Un hombre tan parecido a ese otro del retrato en sepia que en ocasiones ya los confundes en tu memoria y del que sólo conservas un largo estuche con relicarios bizantinos y una nota necrológica que sabes al pie de la letra. En el nombre de Dios. El Clemente. El Misericordioso. Toda alma gustará de la muerte. Mi tierra es amplia. Hemos abierto tu pecho y hemos separado de ti el fardo que agobiaba tu dorso. No puedes olvidarlo.

Te dices que no hubo rezos para aquel otro hombre que fue encontrado al pie del Río Grande con un tajo en el cuello. Desnudo a la intemperie. Indefenso cadáver que pese a tener calcinados los huesos aún palpita en tus venas. Pero es un extraño y no lloras por él. Si en verdad lloras es por este otro que murió de leucemia.

Y sin embargo alguna vez dijo tu abuela que ningún hombre real tuvo tanto peso como aquel fantasma que pobló todas las noches de tu padre y que desde muy chico lo hizo sollozar y lo condenó interminablemente al insomnio.

Sueña. La anciana sueña.

Sueña ángeles mensajeros que tienen dos y tres y cuatro pares de alas y con ellas surcan un horizonte nocturno y tan amenazador como la pupila de una loba famélica.

Sueña.

Nítidamente logra ver a un niño y a un viejo en ese turbio horizonte que los acoge ya muertos en la Verdadera Fe. Pero es el anciano quien ocupa un lugar más alto en aquel cielo semejante a la panza de una mula.

El niño mira al Creador y le pregunta ¿Por qué concediste a este viejo un lugar más elevado? y el Creador no demora en responderle Ha hecho obras buenas y en gran número.

El niño oye con atención este dictamen y después de un momento replica ¿Por qué me dejaste morir tan pronto de forma que se me impidió hacer el bien y acaso tanto bien como hizo aquel viejo? Y el Creador le contesta Desde siempre supe que te convertirías en un pecador y por tanto era mejor que te extinguieras siendo un niño.

De inmediato se alza un grito atroz desde las profundidades de los infiernos y es como si un trueno pudiera no sólo estallar sino gemir por el suplicio que le causa el

agudo destello que lo precede. Se trata del alarido de todos los condenados que exclaman ¿Por qué entonces oh Señor no nos dejaste morir antes de que nos convirtiéramos en pecadores?

Aquel atroz grito remueve las simientes de la tierra y sube como una medusa tóxica cuyos tentáculos se estiran hasta tocar a los ángeles que luego caen igual que los polluelos caen de sus nidos para pudrirse y dejar con el paso de los días un vacío ramillete de plumas.

En eso la anciana reconoce que a lo lejos va su hombre cubierto con una shayla y doblado por la carga de un enorme saco de avituallas. Va con un caballo overo que en lugar de montura tiene muchas cadenas y trampas de hierro sobre el lomo. Va fatigándolo y fatigando la vega mientras la anciana presiente que busca con desespero el Sur y el Este y el Norte y el Oeste aunque en ese desierto en el que viven cualquier línea de la tierra no es más que un féretro en donde se guarecen infinitos granos de arena.

De pronto lo mira detenerse.

Ve que él se quita la shayla y enseguida coge las fosas nasales del overo y tira de su hocico y lo obliga a agachar la testuz y doblar las rodillas. Después él mismo se postrerna señalando con un brazo una trayectoria imposible de fijar y con otra mano coge polvo y se lo echa sobre la frente y los cabellos y suelta pedazos de unas suras.

Por el Sol y su claridad. Dice.

Por la luna cuando le sigue. Dice.

Por el día cuando lo cruza el arco iris. Por la noche cuando le cubre. Por el ánimo y por Quien la ha dibujado y le ha dado el soplo del libertinaje y la piedad. Bienaventurado el que la purifica y desgraciado el que la pervierte.

Dice.

Hay frases que la anciana no entiende y que huyen dejando el mismo amputado rastro de las cascabeles.

Háblame le dice a él. Pero él está ya bailando como un darviche y rota embriagado sin dejar de mantener erguido su brazo que se ha convertido en la flecha de una brújula desquiciada.

Éste es el día en que los hombres estarán como libélulas ciegas y los montes serán copos de lana cardada.

Eso dice. Sí. No comprende porqué pero está segura. Eso dice.

¿No has visto lo que ocurrió con los dueños del elefante? ¿Acaso Él no confundió sus tretas y envió contra ellos los pájaros ababil?

Sí. Eso dice.

Les arrojaron piedras de arcilla y los dejaron como cereal verde y mordido.

Sí.

Me dejaron.

Sí.

La anciana se da cuenta que ahora gime como un bebé. Murmura otra vez sí con insistencia. Y él también. Sí.

Vuelve el rostro hacia los ángeles de alas rotas y la asusta no tener lástima por ellos.

Levanta un puñado de plumas y presiente el distante ruido de unos pasos.

Muerde nuevamente sus labios.

Alguien limpia la humedad de sus mejillas.

Por fin despierta.

A él lo descubrieron en la margen más pacífica del río Bravo y a dos tiros de piedra de las líneas del ferrocarril. Estaba desnudo y próximo a su cuerpo estaba otro cuerpo tal vez más joven y asimismo desnudo. Entre los curiosos hubo quien escupió sobre ellos y otros se rieron con asco. Un borracho se divertía lanzando guijarros sobre los despojos y el sheriff lo dejó hacer hasta que llegó un par de alguaciles trayendo al médico para ver qué opinaba de un asunto a todas luces evidente.

¿Sabe quiénes son? preguntó el sheriff. El médico asintió. Conozco a la mujer de ése dijo. El del tajo. A ver quién diablos le cuenta el asunto.

Piensas que lo que se dio a llamar el asunto empezó muy pocas semanas antes y tuvo su raíz en una penitencia vesánica. Quizá en su fuero interno él sentía que someter su propio organismo a la abyección era una impiedad pero no podía evitarlo. Sufría el vértigo de la expiación y el desagravio por haber diseñado un edificio que no servía para loar a su Creador sino para la mofa y soportaba mucho menos esta

certidumbre que el voluntario martirio y la inagotable degradación de permitir que sobre él se disipen brutalmente los deseos de aquellos pederastas que buscaba entre los lupanares.

¿Tiene idea de quién lo hizo? preguntó el médico. Fueron varios dijo el sheriff. Sin premeditación ni nada de eso. El que degolló al extranjero no tenía oficio. Probablemente utilizó un cuchillo de monte poco afilado y no se le hizo fácil rebanarlo. Aunque parece que lo espicharon como a un becerro sin que opusiera resistencia. Sólo se defendió el otro.

Los detalles se los dieron a los hermanos cuando fueron a recoger la única pertenencia que los alguaciles exhumaron del cadáver de su cuñado. Una shayla que él no había soltado de su puño izquierdo. Para sacarla hubo que fracturarle los dedos.

Imaginas que nadie pudo realmente explicarle la explicación a la anciana que en aquel entonces era una joven mujer con un crío en brazos. Sus hermanos vociferaban y se atropellaban uno al otro para recriminarle por haber seguido hasta ese poblado sin límites a un marido que sin duda se pudriría en el abismo dejándole por única herencia un charco de ignominia. Afuera de la vivienda merodeaban algunos periodistas que habían olfateado más de lo que sugerían las autoridades y deseaban pescar en el fondo de la noticia o inventar una historia con aquella viuda muy joven que a un tiempo era hija y madre de una raza indefinible. Cuando uno de los

hermanos abrió la puerta y todos salieron con apuro hacia la estación del tren que los devolvería a Nuevo México zumbaron las descargas de magnesio seguido del humo cáustico de las cámaras fotográficas que alcanzaron a registrar un atisbo de aquella muchacha asustada que procuraba taparse el rostro con un velo grisáceo que por lo demás parecía cubrirla de pies a cabeza. Ella únicamente percibía un magma de voces ininteligibles que semejaban ladridos y apretaba con mayor fuerza a la criatura que por aquel año todavía no revelaba en las líneas de su cara la forzosa vislumbre de su padre.

La vieja mujer instalada delante del secreter ya no se fija en el papel en blanco que tiene en su delante ni en esa pluma fuente que ha dejado manchas negras en su piel. Detrás nadie excepto su nieta repara en los balbuceos de la anciana. Ésta piensa en la Isla Ángel que fue su puerto de entrada a Norteamérica y en la inspección a la que fue sometida y de la cual jamás pudo reponerse. En aquella ocasión los aduaneros la inscribieron como albanesa y ni ella ni sus hermanos hicieron tentativa por subsanar el equívoco puesto que el imperio Otomano era menos un territorio que un mito y no valía la pena enfrascarse en discusiones al respecto.

Más adelante la anciana piensa en aquel villorrio en el que comenzó todo y en las vecinas que sin cambiar ninguna palabra con ella creían saber muy bien de quién se trataba y cómo debían abstenerse de transitar por el mismo camino. Ahora el asfalto y los departamentos prefabricados habían sepultado el antiguo vecindario y todo

mostraba un aspecto de pulcra geometría en cuyo seno respiraban rectángulos y triángulos de pasto verde con álamos temblones. No lejos de allí se ubicaban los apacibles meandros de un parque y la mezquita perseveraba en su aislamiento como un desafío.

Miras a la anciana y caes en cuenta que a su regreso ella se había convertido en una paria o poco menos. Dishonrada tanto por su matrimonio como por su viudez y con un hijo al cual no había aprendido a querer y acaso nunca podría querer y todo esto a los diecisiete años. El escándalo era una afrenta para los demás en aquel pueblo que lo único que pedía de sus mujeres era fertilidad y decencia hasta la tumba y hubiera sido tranquilizador que también ella dejara de existir junto al Río Grande puesto que las mentiras y la perversión de su hombre resultaban menos escandalosas que el hecho de que continuara viva. Y así continuó por cierto con el endurecimiento escalonado e infalible de una castidad que ella misma se impuso y que duró sin brechas durante bastante más de medio siglo atizada por el rencor. Tal vez su hijo lactó de esa amargura y se condenó a perseguir hasta el último de sus días algo que ya había perdido su sitio en este mundo y sin duda aquella fue la razón por la cual apenas tuvo edad para decidir por cuenta propia mudó de apellido y largó amarras hacia otro continente. Pero la anciana se quedó. Y en ella se fueron acumulando la adolescente que arribó a Nuevo México y fue a parir en El Paso y la espléndida y solitaria mujer en que se fue convirtiendo con la maternidad y en la hembra orgullosa que después de enterrado su esposo porfiadamente repelió toda ayuda pues se la destinaban con

jaéctancia o con una piedad que tenía la hediondez de un fraude. Y piensas tú que en la mezquita se decía con respecto a ella No juzguen porque quien mira largo tiempo al abismo el abismo también lo ha de mirar y seducir con su vértigo. Y no obstante ese coro clemente siempre se las ingenió para arrojar cualquier estorbo a los infiernos.

La muchacha se dice que muy pronto ha de morir la anciana. Como si hubiera escuchado esa voz interior la vieja mujer separa los párpados y limpia las legañas que son ahora cristales diminutos que le hieren mientras por la comisura de su boca rueda con lasitud un hilo gordo y voluble de saliva y la chica se apresura a secarlo con un pañuelo desechable. Gracias dice la anciana. Afuera los vientos agitan suavemente las ramas de los árboles y las hojas parecen crepitar fracturadas por los lanzones del crepúsculo. La muchacha pregunta si no desea que se cierren por completo esas ventanas. Ella niega con un gesto y dice No y agrega con alguna dificultad que desearía salir a la terraza y sentir el aire fresco del atardecer. La muchacha no es capaz de replicarle que dentro de poco hará mucho frío y asiente. La ayuda a levantarse. La mano de la anciana le parece de cordobán y siente un poco de asco al que se sobrepone y sale con ella imaginando lo que hará después con esta vivienda. Se dice que la memoria es también un periplo hacia un futuro que nadie sabe si tendrá lugar y piensa en reparar los ductos de la calefacción y las cañerías y quitar de los tabiques ese empapelado casi intacto pero senil. Ponerle un precio a todo. Vender.

Resulta extraño que en aquella época el aire no refresque tanto. Incluso se puede sentir por debajo de las ropas una caricia tibia e invisible que parece provenir de muy lejos. Acaso del mismo crepúsculo.

La muchacha se levanta y va hacia la cocina dejando abierta la mampara a sus espaldas. La anciana le ha pedido agua y mientras espera que regrese observa un pino apache de unos cien pies de alto. Tal vez nadie lo haya sembrado. Tal vez haya nacido aunque no tenía por qué haber nacido y quizá hoy mismo la doble en edad. En sus anillos se habrán de registrar siglos y a despecho de ello aquel árbol será ajeno a los siglos. Estuvo mucho antes de su llegada y estará mucho después de que la ciudad entera se desmorone con el peso de sus habitantes. Piensa ella. O eso espera. Y se lo dice a la muchacha que le ha traído el vaso con agua temperada y la muchacha observa el pino y dice que ni siquiera un árbol como ése podrá soportar la necedad de los hombres.

La vieja mujer siente que la muerte es una impertinencia y lo dice en voz alta. Más que nunca hoy desearía palpar y oír y ver y ser vista y palpada y oída antes de que en reemplazo de sus sentidos las palabras enturbien con ruidos falsos su cuerpo. Quiere pues ser incauta y muda y tener fe en lo que sus extenuadas retinas le dicen y creer que escucha a la distancia unos quiscales picoteando las almendras de aquel árbol mientras el viento envuelve al árbol y a ella misma. Sólo eso. Pero no lo consigue.

El último día de Anatole Deibler, Ejecutor de Obras Altas

Qu'on ne nous dise pas du condamné à mort: «Il va a payer sa dette à la société», mais: «On va lui couper le cou». Ça n'a l'air de rien. Mais ça fait une petite différence.

Albert Camus, L'ENVERS ET L'ENDROIT

Yes. A man with talk about how he'd like to escape from living folks. But it's the dead folks that do him the damage. It's the death ones that lay quiet in one place and dont try to hold him, that he cant escape from.

William Faulkner, LIGHT IN AUGUST

Prólogo

Lo anotó en su diario de 1939: '2 de febrero. Hoy he desarmado a mi otra Rosalie.'

La frase es críptica; el verbo, incómodo. 'Desarmar'. ¿Qué significado tiene?

Y, sobre todo, ¿quién era esta 'otra' Rosalie?

De ella habló Anatole en poco menos de cincuenta páginas, marcadas con una letra notoriamente inclinada hacia la izquierda. (Una letra que tal vez era el mejor símbolo de la nostalgia, según dijo, con dramatismo, un periodista del *Paris-Soir*.)

Pero, vamos a lo primero:

Tengo aquí, en mi oficina, unos restos chamuscados de cerámica y madera; además, treinta y nueve diarios escritos. Antes del completo amanecer de este día de febrero murió

su autor, Henri Anatole Deibler. Estaba resfriado y las dificultades al respirar, ordinarias en un hombre sedentario de 77 años, le provocaron un infarto mientras bajaba del tranvía que lo llevó hasta la estación de Saint-Cloud. Su oficio era conocido y celebrado por todos en Francia. El Señor de París, como le llamaban, era el guillotinator, y hasta el momento en que su corazón se negó a continuar latiendo había cercenado 395 cabezas.

Sobre mi escritorio tengo abierto su último diario. Es la segunda vez que lo leo, y ahora debo reerlo y escribir para explicármelo.

Escena I

Se pueden ver dos niveles en esta escena.

En el primero, el señor Deibler está escribiendo en un cuaderno en rústica de 21x13 centímetros. Casi ha llenado las hojas con tinta azul. Escribe sobre la mesa de una pequeña sala-comedor de paredes ocre, ambientada además con dos sillas de madera, un pequeño librero y un sofá de dos cuerpos forrado de cuero. Está cerca de una chimenea de hierro donde crepitan los carbones con un suave resplandor. Cada mueble está pintado de azul, inclusive el pulcro gramófono que está encima del librero. El piso es de madera curada, asimismo ocre, sin brillo. No hay cuadros ni retratos a la vista, pero en cada esquina hay, por lo menos, un par de maceteros azules con plantas medicinales y orquídeas.

En el segundo nivel, diseñado como si fuera otro escenario detrás y en un plano inclinado que empieza a la altura de la cabeza del Ejecutor de Obras Altas (título oficial del señor Anatole Deibler), aparece, entre sombras grises manchadas de índigo, la guillotina. Delante del

cepo hay una canastilla negra; detrás, un tablón horizontal sobre dos caballetes y, junto a él, un modesto ataúd, elementos también pintados de negro. Al costado de la guillotina hay un grupo de personas vestidas con trajes de inicios del siglo XX, de las cuales, ya que están en la penumbra, solamente puede inferirse que son de los dos sexos, de distintas edades, acaso de clases sociales diferentes y que sus ropas están teñidas completamente de índigo.

Entonces, una voz en off, la del propio Anatole Deibler, va dictando lo que escribe en su cuaderno. Dice:

Pese a que me negué a cumplir con mi trabajo, nadie se atrevió a sugerir mi despido. Era la primera vez que objeto una ejecución y todos comprendieron que no fue por capricho. El que la condenada fuera la esposa de un pariente no fue la causa; se trató, más bien, de un asunto práctico: desde antaño se sabe que decapitar mujeres únicamente provoca desgracias al ejecutor. También el presidente Lebrún lo entendió así: horas después, conmutó la pena capital y ordenó prisión perpetua para esta Josephine Mory, quien ahorcó a su nuera en la puerta de su casa.

Mientras se oyen estas últimas palabras, del grupo de personas en la penumbra descende una mujer. Se le puede calcular unos cuarenta años mal llevados, aunque tiene ahítas las carnes. Vieste al descuido un faldón remendado, una blusa de bombachos, un sombrerito plano de alas cortas, unos borceguíes de tacón chato. Dice:

Los hombres son estúpidos, y los verdugos aún más, si cabe. Me cuesta imaginar todo lo que hacen con la realidad. Oigan ustedes: durante más de cincuenta años los predecesores de Deibler nunca guillotinaron a una mujer. ¿Y por qué motivo? ¡Por miedo!

¿Pueden creerlo? Desde que Georgette Thomas, una devoradora de niños, arrancó de un lindo mordisco el dedo de uno de los ayudantes del verdugo, ese pedante y fanfarrón llamado Berge, ¡ja! ¡Santo remedio! ¡No más tajos en nuestros cuellos, sólo cadenas de por vida!

Indignada, Josephine Mory da media vuelta y se dirige hasta la guillotina. La acaricia con una mano, brevemente, luego se arregla su sombrerito y desaparece tras las sombras.

Se escucha de nuevo la voz de Deibler, que dice:

Sin duda, la resistencia de los verdugos franceses a ejecutar mujeres se fundamenta en el mal agüero. Georgette Thomas arrancó el dedo de Berge cuando era conducida al suplicio y estaba atada de manos. Y es de rigor mencionar, por ejemplo, que el 27 de febrero de 1872 el verdugo Heindrech guillotiné a Catalina Gerbaude, y el 21 de marzo a Mary Loth, y que apenas una semana después Heindrech murió repentinamente tras resbalar en la acera mojada de una calle próxima al juzgado. Luego, su primer ayudante, Roch, heredó el cargo de verdugo y el 3 de enero de 1876 ejecutó a Sofía Banyou, quien asesinó a sus siete hijos dándoles agujas en sopa de pan. Una semana más tarde, el pobre Banyou falleció de manera a la vez misteriosa y ridícula, atragantándose con un pedazo seco de pan.

Del grupo que está detrás sale una chiquilla escuálida y casi rapada. Tiene, al ojo, unos trece años y lleva unas ropas que corresponden a otra persona (más ancha, más vieja). Dice:

Marie Ferrer, nacida en abril, menor, sin señas particulares, raquítica, huérfana, de origen alemán y muerta en prisión en Meissen. Infanticida de un recién nacido, brotado

de mi vientre sin que yo supiera jamás porqué. Un recién nacido que no quiso ser abortado pese a que, en el sótano de una hierbera, alguien quiso ayudarme con dos inyecciones. Pese a que le recé a la Virgen todos los días mientras lavaba los platos de mi ama. Pese a que bebí kerosene con pimienta y vomité y me fui en diarreas. Nadie más supo de mi preñez. Nadie imaginó que yo, tan sin gracia, sufriera de preñez. Una madrugada, mientras trapeaba las escaleras de mi ama, sentí en el vientre los mordiscos de un perro. O que un animal hundía sus uñas, o garras, o colmillos, en mi vientre. Y cuando colgaba la ropa de mi ama, esos mordiscos, o esas uñas, o esas garras, o esos colmillos, también buscaban llegar hasta mi cabeza. Como las ondas que se forman tras el golpe de una piedra sobre el agua. Así me di cuenta de que pronto iba a parir. Y poco después, cuando volví a mi cuarto para aguantar el dolor, mi ama llamó de nuevo. Había que barrer la nieve de fuera. Ese día, pues, fue largo. Por la noche, ya en mi cama, temblé de frío. Supe que iba a parir. Me arrastré hasta al retrete, allá afuera, y sobre el retrete estuve masticando un trapo en mi boca para no gritar. Todo helaba, la nieve se metía bajo la puerta, entre los postigos de la puerta, entre las tablas flojas de la puerta, mi culo dolía de frío. Así parí hasta el amanecer. Y ese crío cayó sobre la nieve. Apenas pude levantarlo. Me lavé con nieve, lo lavé con nieve. Luego, entre el retrete y el cuarto, él empezó a chillar. Iba a despertarse mi ama. Lo tapé con la falda pero todavía se podía oír fuerte. Chillaba. Entonces, lo golpeé para que se callara, y no se calló. Volví a golpearlo con una mano, después lo solté y con las dos manos le di en la boca. Así le di, hasta que se calló.

Luego fui con él hacia el cuarto. Me eché sobre la cama, con él. Estaba muy cansada. Con él me dormí. Ya no sentía dolor.

De improviso, la escena queda completamente a oscuras.

Ficha 1: Captando la benevolencia

Veamos si pongo un poco de orden a todas estas noticias. Empiezo...

Henri Anatole Deblier, conocido como el El Señor de París, era el cuarto hombre que poseía el título de Ejecutor de Obras Altas, o Verdugo Oficial, bajo el gobierno de la Tercera República Francesa. Los obituarios señalan que heredó el puesto de su venerable padre Anatole Deibler, quien, a su turno, lo heredó del señor Roch, quien lo recibió del señor Heindrech. Tenía un sueldo fijo de dieciocho mil francos por año, además de un estipendio que cubría los gastos de viaje y alojamiento en caso de que tuviera que viajar hacia alguna provincia para cumplir con su deber. Además, cuando llevaba a cabo su labor en el territorio de Saint-Germain, recibía una cabeza de cerdo de la abadía y, en el día de San Vicente, marchaba al frente de la procesión. En París la municipalidad le destinaba cinco varas de paño para vestirse.

Callois, un reo que milagrosamente pudo acreditar su inocencia, había dicho a su juez, con mucho de sorna y piedad, que es tan difícil casarse con un rey como hacerlo con un verdugo. ‘El primero no se une con cualquiera’, dijo. ‘Con el segundo, cualquiera no consiente en unirse.’ Esto explicaría porqué los pedidos de mano del señor Deibler fueron

rechazados continuamente. Incluso el hacedor de cadalsos de Notre-Dame, el carpintero Heurteloup, le negó la mano de su hija para evitarse lazos aún más necrofilicos con la existencia. Pero, al fin, al cabo de muchos años, un revés de la fortuna beneficiaría al Ejecutor de Obras Altas. Éste, antes de toparse con la que llegaría a ser su esposa, tuvo dos aficiones perdurables: el cultivo de las rosas y el ciclismo, y fue en el club en el que pedaleaba donde, por suerte, conoció a una muchacha catorce años menor que él, la adolescente Rosalie Rogis, una entusiasta de aquel deporte. Las malas lenguas dicen que Deibler se aprovechó de la obvia inexperiencia de la chica y que sólo así puede explicarse que la flechara. Pero otros hacen notar que hasta un criminal como Landrú consiguió ser amado, ya que incluso desde su infame tumba ocasionó el suicidio de una bella mujer que escribió, antes de lanzarse desde lo alto de un castillo: ‘No me importa lo que haya hecho. Aún estoy locamente enamorada de él. No puedo vivir en un mundo que lo ha matado’. De manera que no habría que extrañarse tanto de que un honesto funcionario del Estado también lograra el afecto de una dama. En este mundo, hay que subrayarlo, nada parece imposible.

Dicho lo cual, el destino se encargó malamente de poner los puntos sobre las íes y echó por tierra las fugaces alegrías del Ejecutor de Obras Altas. Su matrimonio duró apenas seis años y causó dos hijos: Mirelle y Henri. Su esposa, la joven señora Rosalie, acabó rápidamente sus días con fiebre puerperal. Un quinquenio después, un farmacéutico distraído envenenó al pequeño Henri al equivocarse las dosis de un

medicamento contra la gripe. Con los años, y aunque logró sobrevivir a toda su familia, Mirelle Deibler Rogis adquirió el hábito del pesimismo y nunca se casó.

Escena II

Las mismas tramoyas que en la Escena I, pero con una iluminación enteramente roja. La chimenea está apagada y hay un bello secreter rojo en lugar de la mesa, que aparece en uno de los rincones. Vemos que escribe una mujer sesentona, toda vestida de negro, con faldón de amplio vuelo y una blusa ceñida, con encajes, que también cubre cuello y muñecas.

Se escucha el Étude Opus 10, #12 en Do menor, de Chopin, aunque la música no impide que se oiga con claridad la voz de la mujer, que en esos momentos lee lo que escribe:

De mi hermano recuerdo ya muy poco. Puedo decir que era callado y pasaba mucho tiempo escondido debajo de la cama. Que no podía dormir sin que le contáramos alguna historia de mamá, a la que no recordaba y de la que deseaba tener recuerdos ciertos o inventados. Que la primera vez que lo vi llorar sin consuelo fue cuando regresó de su primer día de escuela, poco antes de morir. Los demás chicos se habían enterado de quién era hijo y, desde luego, ninguno quiso acercársele ni dejar que Henri se le acercara.

De entre las sombras, por debajo de la mesa arrinconada, aparece el niño asimismo trajeado de negro. Lleva botines, pantaloncitos cortos, un saquito holgado, una camisa con cuello cerrado y corbata de lazo. Va gateando hasta el secreter de su hermana y se sienta al pie de ella. Dice:

A mí no me dolió morirme. Sí estaba asustado, pero después, como me dio fiebre, las cosas se me enredaban y el susto se me fue. Además, yo quería ver a mi mamá, y si me moría iba a verla. Eso me dijo mi hermana. Que no tuviera miedo ni pena. Iba a ver a mi mamá. Pero, no fue verdad.

La hermana lee lo que escribe:

El médico Esto-Va-Mal visitaba a mi hermano, que también era visitado por otro médico, amigo de papá, el doctor Esto-Va-Bien. Y mientras el doctor Esto-Va-Bien repetía que nuestro pequeño enfermo se salvaría, el doctor Esto-Va-Mal objetaba sus palabras, afirmando que muy pronto iría a reunirse con mamá y con los abuelos. Mientras tanto, los dos propusieron curas diferentes y, al cabo, nuestro pequeño Henri falleció. ‘Murió el enfermo, tal como dije’, consoló entonces el doctor Esto-Va-Mal a mi padre. ‘Si me hubiera hecho caso’, repuso el doctor Esto-Va-Bien, ‘el enfermo aún viviría’. Y los dos se fueron de casa sin saber que fue el boticario quien llevó a la tumba a mi hermanito.

El niño se suena la nariz con un pañuelo negro; después lo guarda en un bolsillo de su saco. Mira sus manos blancas como la leche y canta:

Mientras al sol espléndido

Yo cargaba en andas

Con trazas de amiga fiel

Mi sombra acompañaba.

Después el sol se esfumó

Cuando dejé su anda dorada

Y al verme ligero de ella

También me dejó la sombra amada.

De pronto, el escenario vuelve a quedar en penumbras.

Ficha 2: Captando la benevolencia

El Ejecutor de Altas Obras Deibler estaba resignado a su contrato laboral con la muerte, y, como todo el mundo, informalmente también la recibía en su hogar. Las prematuras defunciones de su esposa y de su hijo no lo hundieron en la melancolía, aunque, sin duda, lo fueron apartando de su hija y lo acercaron al cultivo de las rosas. También, hacia el final de sus días, quizá lo empujaron hacia un propósito secreto y desquiciado: la compra de una autómatas de tuercas, madera y biscuít, una muñeca del tamaño de una mujer con la que aliviar su soledad y, acaso, neutralizar la incómoda añoranza de su matrimonio.

‘27 de enero, 1938: He leído una crónica sobre el relojero Pierre Jaquet-Droz, su hijo Henri-Louis y su hijo adoptivo Jean-Frédéric Leschot’, escribe en su penúltimo diario. Y continúa: ‘En su taller familiar en Neuchâtel construyeron no sólo máquinas extravagantes para medir las horas, los meses y los años hasta el Juicio Final, sino también varios maniqués cuyo mecanismo interior es poco menos que milagroso. Gracias a éste, dos de los maniqués pueden redactar documentos, uno de ellos resulta capaz de pintar y un tercero, que en realidad es una muñeca-mujer, puede tocar el clavecín con expresión y

misterio. En la nota del periódico, el autor menciona que es la única muñeca del mundo que respira, como si la fuente de su propia existencia fuera el mismo aire del que depende nuestra vida'. (Aquí Deibler se refiere a un texto de R. M. Ricci aparecido en *Paris-Soir* y reproducido casi de inmediato en el semanario *Match*.)

Por lo que he podido averiguar, tres de esos autómatas existen y todavía son exhibidos en Neuchâtel. Hasta allá viajó Deibler el 29 de enero, exclusivamente para ver a la maniquí.

No sé qué sucedió en Suiza, pero el Ejecutor de Obras Altas volvió a París con una gran caja de madera. Sus vecinos se extrañaron al verlo entrar a su departamento seguido de tres cargadores y aquel bulto; sin embargo, llegaron a pensar que volvía con alguna pieza nueva para sus guillotinas (tal vez una hoja recién hecha y acompañada con su maderamen), de forma que poco después quisieron olvidar el asunto. En cambio, la señorita Mirelle Deibler guardó en su memoria, con repugnancia, el primer encuentro que tuvo con el contenido de la caja. Cuando la entrevisté, me describió sus emociones usando estos términos: 'No creo que Dios perdone a mi padre. Lo que había traído a casa era una abominación'.

Escena III

Volvemos a ver el decorado e iluminación de la Escena I, pero esta vez hay dos elementos nuevos muy cerca de Anatole Deibler: un clavecín rojo, charolado, y una muñeca de

dimensiones naturales cuyo rostro trae el recuerdo de Camille Claudel (en la foto César, tomada hacia 1884). La muñeca está sentada delante del clavecín. Como dijo Ricci, parece respirar y, por si fuera poco, además tiene una mirada nostálgica en sus ojos castaños. Su cabello oscuro está peinado con rizos y hacia atrás. Viste con sencillez una falda con pliegues, de color burdeos, sin vuelo; tiene talle alto y chaquetilla negra, con mangas largas que apenas dejan adivinar una camisa blanca de lino bordado. Calza zapatos de terciopelo negro, de tacón bajo. Sus preciosas manos acaban en unos finos dedos, de uñas sin otro brillo que el del nácar.

Por un flanco del clavecín, discretamente, se amontonan un cilindro de metal con perforaciones, unos rollos de papel asimismo agujereado y dos fuelles con pedal. También una manivela de bronce, dos áncoras, varios piñones, dardos, ruedas catalinas, rochetes, numerosos buchones, cojinetes, tiretes, básculas y tijas.

El Ejecutor de Obras Altas está escribiendo y lee para sí —para nosotros— según avanza sobre las hojas del cuaderno:

Febrero, 3. A mi lado dejo el *Libro de instrucciones para poner en funcionamiento a una maravilla*. Tiene demasiadas páginas y eso es un inconveniente para mí. En asuntos técnicos, únicamente soy diestro con el patíbulo; por consiguiente, miro las piezas que están dispersas en el suelo y temo que el viaje a Neuchâtel haya sido en vano. Pero cuando observo a Rosalie (no sé porqué, pero éste es el nombre que le he puesto) siento objetivamente lo contrario: que ha valido la pena.

Anoche, cuando quité los tablones y el serrín para liberarla, viví de pronto la experiencia de la resurrección. No sé de qué otra forma manifestar lo que sucedió cuando la vi aparecer, ya librada de esa negra garganta en la cual estaba prisionera. Una emoción similar me asaltó años atrás, en el instante que conocí a mi verdadera Rosalie, pero la desconfianza natural que tengo hacia los seres humanos atemperó mi conducta, me llamó al orden, encarriló mi vehemente afecto hacia el sentido común, de tal suerte que, a la postre, el decoro tomó las riendas de toda relación con ella. Por lo tanto, hasta el fin nuestro matrimonio fue ejemplar, desprovisto de vergonzosas pasiones.

Deibler se frota los ojos, la frente.

Fui, sin duda, un cobarde. Envuelto con el manto jurídico de la muerte, no quise acercarme por completo a Rosalie: tuve miedo de pagar muy caro por mi dicha, de necesitarla más que a mí mismo y después perderla y sufrir la escrupulosa expiación de su ausencia.

Cometí una estupidez.

De improviso suena la Partita #2: Chacone en Re menor, de Bach & Busoni. Al mismo tiempo, del fondo desciende y se adelanta, bailando al compás de la música del piano, una figura femenina cubierta por una amplia capa negra y una holgada capucha. Llega hasta Deibler, que no para de escribir, y lo rodea con sus brazos amorosamente. Notamos, como en un soplo, que el fantasma de esa mujer es joven y que ella está desnuda debajo de la capa. Luego, vemos que danza alrededor de la mesa y así, grácilmente, va acercándose hacia la muñeca sentada delante del clavecín. Por fin, aquella joven se descubre el rostro y, en el marco

de un cabello abundante y ensortijado, advertimos que no tiene ojos ni nariz, sólo una boca ancha y menoscabada. Toca con muchísima atención a la muñeca y parece sonreírle. La acaricia en las mejillas, ausculta el pelo. Por fin, vuelve a bailar por unos segundos, pero se detiene sobre las piezas de relojería y el papel agujereado que están sobre el piso. Coge entre sus manos un montón de esas piezas y las va dejando caer una por una. Después levanta la manivela de bronce y vuelve su rostro hacia la muñeca y, enseguida, hacia Deibler. Entonces, el escenario queda en silencio y ella dice:

De mi rostro va quedando cada vez menos en la memoria de Anatole. Es natural y nadie puede culparlo. Sin embargo, él es y será siempre el lugar de mis apariciones.

La joven regresa junto a Deibler y apoya su cabeza en la espalda del Ejecutor de Obras Altas. Sigue hablando:

Te contaré una historia, Anatole... Conocí a un rey que tenía una hija. Era hija única y no tenía a nadie con quien jugar, y el rey, que adoraba a la niña, mandó que confeccionaran numerosas muñecas con las cuales ella pudiera distraerse de la soledad. De esta forma pasaron los años, y cuando la muchacha llegó a su adolescencia, los artesanos del castillo le regalaron una muñeca de su misma envergadura y con un rostro asombrosamente igual al suyo, hasta el punto de no saberse quién era la princesa y quién era la muñeca. Y a partir de entonces, adondequiera que iba la jovencita llevaba consigo a la muñeca, y la quería no por vanidad sino porque hablaba con ella y el silencio con que ésta le retribuía era más hermoso que cualquier sonido en el mundo.

Así pasaron dos estaciones, y una mañana de invierno en que su padre y ella cruzaban un bosque en carroza, acompañados solamente por el cochero, un guardia a caballo y la muñeca, los asaltaron unos ladrones y mataron al guardia, al cochero y al rey y se llevaron a la adolescente, dejando a la muñeca tirada dentro de la carroza. Poco les importó saber quién era jovencita, pues únicamente les valía hacerse con sus carnes. Pero entonces la princesa se puso a llorar tan fuerte que, hartos de ella, los bandoleros prefirieron darle unos cuantos golpes y dejarla en libertad. De este modo la muchacha pudo marcharse a solas por el bosque.

En este punto, la joven se cubre con su capa como si tuviera frío y se arrodilla al lado de Deblrier.

Aquel bosque era para ella desconocido y se extravió en él, buscando con desesperación el cadáver de su padre y también a su muñeca. Con ese afán caminó por horas, hasta que, al filo del anochecer, adolorida por los aires glaciales, llegó a la entrada de una vieja cabaña habitada por una bruja. Cuando la bruja abrió la puerta, la muchacha le suplicó refugio, no sin antes relatar quién era y lo que había sucedido, aguardando a cambio, con la ingenuidad de sus años, mucha compasión y ayuda. Pero la bruja gustaba de hacer negocios, no favores, de manera que le propuso a la jovencita un convenio: le daría refugio y alimento sólo si ella la ayudaba con sus quehaceres durante un año. Esto asustó a la princesa, que nunca había trabajado en su vida, pero astutamente la bruja sacó de entre los pliegues de su faldón una gran bolsa y se la ofreció diciendo: ‘Toma, este es un pequeño obsequio para ti. Si lo aceptas, prometo que te trataré bien y que al término

del año sabrás dónde encontrar a tu muñeca’. La jovencita entendió que si no transigía tal vez moriría de hambre, así que cogió la bolsa y aceptó la propuesta. ‘Es muy pesada’, exclamó al tratar de abrirla. ‘Déjala así, no la abras hasta el mismo día que debas marcharte’, dijo la bruja. ‘Entonces, me lo agradecerás.’

La joven fantasma se pone lentamente de pie, acaricia otra vez a Deibler y camina hasta la muñeca. Allí extrae del interior de su capa la manivela de bronce, la ajusta sobre la espalda de la autómatas y la hace girar como quien da cuerda a un despertador de campana. Luego, suelta la manivela y espera. Surge un apacible gorjeo de herrajes y la muñeca empieza a moverse con dificultad: sus manos se posan sobre el teclado del clavecín y lo pulsa. Nada suena, ya que al aparato musical le faltan el cilindro y los rollos de papel. La joven vuelve su rostro vacío hacia Deibler y prosigue con su relato:

Los doce meses que la princesita estuvo con la bruja fueron muy rudos. Jamás había cortado leña, o trapeado, o cocinado, y al principio ninguna de estas cosas las hizo como debía y la bruja estallaba en cólera. Pero fue aprendiendo. Y conforme fue aprendiendo la bruja tuvo más confianza en ella, hasta que una tarde le dijo: ‘Ven, muchacha, te enseñaré algo’. Fueron a la cocina y la bruja señaló la marmita de hierro que estaba sobre el fogón. ‘Ya es hora de que aprendas a preparar brebajes’, le dijo, y enseguida extrajo de la alacena un pesado libro, lo abrió y, señalando una de las hojas, exigió atención. ‘Alcánzame las cosas que te vaya pidiendo’, ordenó. Y de esta manera, poco a poco, durante un par de horas al día, la princesa fue asimilando las artes de los más antiguos herbolarios, y al cabo de unas cuantas semanas ya era capaz de guisar remedios contra la excesiva cordura,

venenos para contrarrestar todos los venenos, pócimas con las cuales abrir heridas o bebistrajos que erradicaban para siempre los sueños.

Pasaron los meses y llegó a cumplirse el año del acuerdo, pero la princesa se había acostumbrado tanto a vivir en esa vieja cabaña y a la fiel compañía de la bruja que no quiso recordarlo. Sin embargo, antes del anochecer, la bruja le entregó un zurrón con dos mudas de ropa, una vejiga de buey con cincuenta monedas de plata y la bolsa que le obsequió cuando se conocieron. ‘Es hora de que te marches’, le dijo. La jovencita se echó a llorar y le contestó que en el mundo no tenía a nadie más que a ella. ‘Del mundo todavía sabes muy poco y los pactos se respetan, mi niña’, le respondió la bruja, y acto seguido la besó en la mejilla y la empujó suavemente hacia la puerta. ‘Cuando estés afuera, ya puedes abrir mi regalo. Así sabrás dónde encontrar a tu muñeca’, murmuró. Y dicho esto, desapareció con todo y cabaña.

Nuestra fantasma se levanta de nuevo y del interior de la capa jala una gran bolsa. La arrastra hasta quedar otra vez junto de Deibler. Entre tanto, no deja de hablar:

La princesa sintió la amargura del desamparo y lloró hasta agotar su cuerpo y quedar dormida. Cuando despertó con el alba se halló debajo de un roble, frente a un riachuelo, en las proximidades de una gran ciudad a la cual nunca había visto antes. Se puso trabajosamente de pie y recién notó que la ciudad era la pendiente liminar de un castillo. Miró la gran bolsa que tenía cerca, la cogió y empezó a desatar los nudos que la ceñían. Por fin...

En estos segundos, la joven fantasma imita con sus actos lo que dicen sus palabras.

...vacío su contenido.

Al instante, ocho o nueve cabezas ruedan sobre el escenario.

Con horror, miró cómo a sus pies rodaron las cabezas de aquellos bandidos que habían matado al guardia, al cochero y a su padre y, por tanto, habían ocasionado su tragedia.

La aparición se pone en cuclillas, cruza los brazos y sobre éstos apoya el mentón.

Durante largos minutos, fascinada, la princesa contempló los restos de los asesinos. Después, sintiendo un extraño alivio en su corazón, fue empujando las cabezas hasta el riachuelo y las dejó allí, como piedras sucias. Luego sacudió sus vestimentas, se cruzó a la espalda el zurrón y a la cintura la vejiga de buey, dio un salto sobre las aguas y siguió un flaco sendero que atravesaba la ciudad e iba con dirección al castillo.

Los lugareños que la vieron al principio la señalaron con curiosidad, pero no pasó mucho tiempo antes que se fijaran en ella con sorpresa y, posteriormente, con estupefacción. Un mendigo sin piernas fue quien inició un murmullo de voces y una vendedora de pescado gritó 'Es ella'. La princesa no entendía lo que pasaba. Todos se apartaban de ella como si fuera la peste.

La joven fantasma regresa hasta la muñeca y vuelve a darle cuerda. La autómatas empieza a mover sus manos y dedos sobre el teclado.

Un grupo de soldados la vio, y el jefe de ellos, dudando si iba a lidiar con un milagro o un mal arte, apostó a su gente alrededor de la princesa y le preguntó si acaso podía hablar. Para consternación de todos los que la oyeron, la jovencita respondió que sí.

Entonces el jefe de los soldados le rogó que se dejara escoltar hasta el castillo, ya que al rey le alegraría inmensamente descubrir que su muñeca estaba en saludable condición y, de repente, tan llena de vida.

Fue así como la princesa supo respecto de las desgracias de aquel reino. Tras interrogar al mencionado jefe, entendió las alarmas de los pobladores. El militar se lo había contado dominando su recelo: el rey de aquel lugar había encontrado a la muñeca y, despaciosamente, se había enamorado de ella con locura; de esta suerte, autorizó la máxima pena para su legítima esposa y se casó con la preciosa moña. ‘Desde ese día, no hubo fiesta a la que no acudiera con ella, ni parlamento al que no la llevara, ni misa a la que dejara de asistir de su brazo’, dijo el sargento. Y agregó: ‘Pero, aquí nadie ignora que es infeliz’.

Por dentro, el castillo era más triste de lo que imaginó la jovencita. Grandes marcos de pan de oro sin espejos ni retratos, muebles escondidos bajo lienzos grises, ventanas y troneras tapiadas con escudos de madera, alfombras agotadas luego de cientos o miles de transeúntes hechos polvo: un paisaje interior iluminado por cirios agónicos, encimados en tres gigantescos candelabros sacrificados al óxido.

Ahora nuestra fantasma se distrae por el aviso de unos sollozos y gira la cabeza hacia Deibler. El Ejecutor de Obras Altas tiene las manos sobre el rostro y por sus palmas se escurren lágrimas. La aparición se estremece. La vemos gatear hasta Deibler y aferrarse a una de sus piernas. Deibler aparta su mano derecha y, con el rostro tapado aún con su otra mano, acaricia la cabellera de la joven muerta. Ésta, ahora casi en susurros, continúa:

Al término de una ancha gradería, unos portones abiertos dejaban paso a un inesperado atrio guardado por pedestales sin tallas, que se estrechaba hasta llegar a un montículo de mármol sobre el cual se situaban dos butacas de bronce. En una de ellas estaba un individuo coronado, de mediana edad, con testa al rape y barba crecida; en la otra, una preciosa muñeca de tamaño natural. Al verla, la joven no pudo reprimir una exclamación: 'Es mi muñeca', dijo. El rey salió de su ensimismamiento, la miró con los ojos entrecerrados, los labios fruncidos de ira y desenvainó la espada. 'Cómo te atreves', masculló entre dientes y, ya encolerizado, fue hacia la princesa.

No fue necesario que el jefe de los soldados se interpusiera: el rey se detuvo en seco apenas distinguió los rasgos de la jovencita. En un santiamén, todo cambió; el monarca se hincó de rodillas y besó los pliegues de su vestido, diciéndole: 'Mi dueña, mi ángel, nuestros rezos han sido escuchados. Ahora eres de carne y hueso'. Pero la princesa no pudo sentir lástima por aquel soberano, y le respondió: 'Tienes las manos manchadas de sangre, apártate de mí'. Luego, contemplando a la muñeca, añadió: 'Déjala ir. No mereces su compañía'.

El soberano jamás había imaginado posible esta demanda que, para él, semejó a una pesadilla. Inmóvil, vio que la jovencita se aproximó a su amada propiedad, la levantó de su asiento y se fundió con ella en un abrazo que se le hizo interminable. Después, las vio avanzar hacia él tomadas de la mano, y le pareció que no eran dos sino una sola y bellísima mujer que caminaba rozando con su cuerpo algún divino espejo. El rey no pudo soportar aquel delirio de la realidad y aupó su espada del suelo, la blandió en el aire con

toda la energía de que fue capaz, corrió hasta una de las ventanas, golpeó el escudo de madera que la protegía y, recibiendo de lleno la luz del sol, deslumbrado, se tiró al vacío.

La consternación fue tremenda entre los pocos ujieres, sirvientes y administradores del castillo. El jefe de los soldados quiso apresar a la princesa, pero no pudo vencer el aturdimiento que le causaron su transformación y sus palabras. Ella había envejecido repentinamente, y pasó a su lado con una expresión de bruja, diciendo: ‘No lloren por él. La muerte es la madre de todos nosotros’. Y dicho esto se llevó consigo a la muñeca a un país del cual nunca se conoció el paradero.

La joven fantasma adquiere un aspecto marchito; ostensiblemente, su cabellera es gris y de sus labios ha desaparecido el color; a la más insignificante torsión, los pliegues de su capa ahora chasquean. Dice:

Me consuela saber que estoy muerta. En mí se han disuelto el deseo, la separación, el tiempo.

Coge la mano de Deibler, con ella se acaricia la mejilla. Hay unos prolongados minutos de sosiego. Finalmente, se yergue, apoya la mano de Deibler sobre la mesa en la cual escribe y hace el ademán de salir de escena. Pero se detiene. Va hacia la muñeca, le da otra vez cuerda y ahora sí sale.

La autómatas se activa, pulsa las teclas. De manera imprevista, suena la música del clavecín: ‘Por el sendero cubierto’, I, de Leoš Janáček.

Ficha 3: Captando la benevolencia

Éstos eran los deberes de Anatole Deibler: transportar el patíbulo hasta el lugar de la ejecución, montarlo y desmontarlo; guardar la guillotina, mantenerla en perfecto estado y correr con los gastos de reparación si se estropeaba; afilar la cuchilla antes de cada uso.

No tenía una sino dos guillotinas. La primera, muy pesada, por lo común se instalaba en las afueras de la prisión de La Santé para trabajos repentinos durante la mañana, aunque en ocasiones especiales era cargada hasta Versalles. La segunda, más liviana, peregrinaba por el país e incluso iba hasta Córcega, en donde fue tanto una necesidad oficial como un populoso entretenimiento.

A Deibler no le agradaban los viajes, lo ponían de mal humor. En una ocasión anotó lo siguiente: 'Íbamos en un coche cómodo por una ruta de fango, bajo un cielo encapotado y una lluvia estúpida. Cuando ya caía la noche, vimos a un hombre harapiento que, con acentuadas reverencias, nos hacía señas para llevarlo. A nosotros nos aguardaba una fonda y teníamos lugar, pero oímos cómo yo alzaba la voz y decía con tono amargo: No, no podemos llevar a nadie. Y seguimos de largo. Y mucho más adelante, ya quizá a un día de marcha, sin razón alguna me asusté de aquella voz, de mi voz negando ayuda, y de todo el mundo'.

Es sabido que, un día antes de su último viaje, Deibler se topó con una tullida que emborrataba versos a cambio de limosnas. Quizá por la mala conciencia que le dejó aquel hombre harapiento del que habló en su diario, en esta oportunidad fue caritativo. Según los recuerdos de su hija, que lo acompañaba, inclusive pareció emocionarse tras recibir el

papel grasiento y arrugado que la mujer le dio. Cualquiera haya sido el caso, la reconstrucción de las últimas horas del Ejecutor de Obras Altas no es sencilla: a partir de ese fortuito encuentro con la tullida y el adiós tranquilo que dio a la señorita Deibler Rogis al despedirse, todo fue devorado por el olvido.

‘Hoy he desarmado a mi otra Rosalie.’ Esta frase tal vez fue redactada poco después de la medianoche del 2 de febrero. A las seis de la mañana salió de su departamento, sin aceptar el café que le preparó su hija; a las ocho, falleció. Iba a ejecutar a un tal Mauricio Pilorge; como es habitual en estos casos, al criminal se le conmutó la pena.

Escena iv

Excepto una pequeña maleta de mano que está sobre la mesa, aparecen el mismo decorado, los mismos accesorios e igual iluminación que en la Escena III. El Ejecutor de Obras Altas está en mangas de camisa, arreglando su equipaje. La muñeca está quieta, con las manos sobre el teclado.

Del fondo descienden tres figuras. Una es femenina, de pollera, blusa y saquito negros y desastrados; tiene los pelos revueltos, greñudos, y un rostro inquieto; cojea aparatosamente: sin duda, está tullida. Las otras dos figuras son masculinas, de ternos y camisas asimismo negros; su altura es idéntica, pero se distinguen porque una es bastante flaca con respecto a la otra; en cada uno de ellos cuelgan trencillas que, desde sus hombros hasta la altura de sus estómagos, lían tambores de vidrio donde tienen sus cabezas —la de un par de mozos de diecinueve años:

el primero, anarquista; el segundo, asesino. Cuando estas cabezas hablan resuena un gracioso eco desde el fondo de los tambores.

La indigente figura de la mujer, que de vez en cuando se rasca el cráneo y pellizca piojos, se pone en cuclillas delante del clavecín, saca una vejiga de buey y procede a llenarla con las piezas más chicas que yacen dispersas por el suelo. Las figuras masculinas se ubican a los costados de la muñeca, acechándola.

El más escuálido de los espectros es el del anarquista; es él quien da cuerda a la autómatas y ocasiona que ella empiece a tocar en el clavecín, en Sol natural, el segundo movimiento del Segundo Concierto para piano y orquesta, Op. 16, de Sergei Prokófiev. Cuando principia la música, da tres pasos adelante. Entonces, el Ejecutor de Obras Altas se aproxima hacia él, toca su hombro y dice:

Guillotina en 1929. Le pidió a mi ayudante que no le corte la camisa, porque entre los espectadores tenía a una conocida y no quería darle una deplorable impresión. Cruzó el patio con tranquilidad; luego, al pie del patíbulo, con un cigarrillo en la boca, nos ha dicho: ‘Adiós, señores. Ustedes han sido buenos conmigo, les doy las gracias’. Teniéndolo del brazo no he sentido el más leve temblor; tuvo una calma encomiable para su edad. Al ser ejecutado, gritó en voz alta: ‘La tierra me abandona’.

Deibler lo mira; el espectro del muchacho vuelve a su sitio y empieza, con gran deferencia, a desanudar el corsé de la muñeca: la va desviñendo sin apremio. En ese instante, el segundo espíritu se encamina hacia Deibler; éste pone la mano sobre uno de sus hombros y dice:

Guillotina en 1933. Fue el homicida de dos niños. En ruta al cadalso me pidió que le desatara los brazos. ‘No vale la pena’, dijo, ‘voy de buen grado.’ Pisaba firme, también con el cigarrillo entre sus labios, y cuando estaba a punto de ser ejecutado, murmuró algo como: ‘Perdóname, mi Dios’. Pero su voz quedó enturbiada por unos gritos que decían: ‘A muerte, a la muerte’. Se trataba de las madres de los niños.

El espectro de este muchacho también vuelve a su sitio y empieza, con la misma deferencia que tiene su compañero, a desnudar a la muñeca.

El Ejecutor de Obras Altas se fija en el fantasma de la pordiosera y, señalándola con un dedo, dice:

Violette Nozière Figueras. A partir de 1917, veintiún años en prisión. Acabó con la existencia de su padre, de origen belga, e intentó acabar con la de su madre, de origen español. Después de la condena, peleó con ira y los guardias tuvieron que darle una zorra. Estuvo fuera de sí. Gesticuló, rasguñó, mordió, gritó: ‘Déjenme, déjenme, es una vergüenza, les conté la verdad, ¿no tienen piedad?, es una vergüenza, maldigo a mi padre, maldigo a mi madre, es una vergüenza’. Al cabo de unas semanas, el abogado consiguió que diez miembros del jurado firmasen una petición de clemencia; de esta forma, evitó el suplicio.

Deibler mira su pequeña maleta y regresa a terminar de arreglarla. El fantasma de la pordiosera canta:

Fui Violette Nozière, hoy Violette No-sière

Chica pata coja, de profesión bruja, sifilítica

Mi báculo es éste, mi lengua de vidente

Ésta, ya rancia y chamuscada por el fuego

Aquella es mi ciudad, hoy ensartada de cenizas

Luego, ajusta con una soguilla la vejiga de buey, ya repleta, y la guarda debajo de la blusa, sobre uno de sus pechos. Desamarra un zurrón, lo abre y extrae un platito de arcilla que coloca frente a ella, unas hojas de periódico y un trozo de carbón. Dice:

Yo tenía cuatro o cinco años la primera vez. Él llegó borracho y no había puerta que trancar. Mi madre, esa vieja puta, estaba preñada de nuevo; de toda su camada hasta esa fecha, sólo yo no serví de abono al cementerio. El asunto es que entonces la vieja no quiso o no pudo cumplir, y él la pateó hasta que se fue en aguas allí mismo. Con los gritos, se aparecieron unos vecinos y se la llevaron a una matrona para ver qué salvaba. Cuando se quedó a solas conmigo, hizo lo que hizo. Y lo siguió haciendo tantas veces como se le antojó, incluso apoyando el culo en el culo de esa vieja puta cuando estuvo de vuelta sin ningún crío vivo.

De improviso, canta:

De mandíbula a talón, todo tieso

Morro de lechón, jaco inmenso

Entre todos fue el diablo vencedor

Pues supo enroscarse mejor

Alisándose en vano sus greñas, continúa hablando:

Los días que él conseguía trabajo se aliviaba, supongo, en las calles, y hasta se ponía bueno los domingos antes de la misa. Pero el resto del tiempo sólo veíamos cardenales en mi pellejo o en el de la vieja. Así por años, hasta que una noche me agarró en la cocina y le borré los ojos con el trinchete. A la vieja, de seguro oyeron, le dejé mis recuerdos en la cara.

En la chirona cogí el sabor a los libros. No sabía leer, menos escribir, pero una ñoña encargada de la comida me fue enseñando a cambio de darle gustitos en el catre. Yo perdía el seso con los folletines y me fastidiaban esos poemas idiotas que se colaban por ahí en los diarios. Pero, lo que son las cosas, a la larga estas idioteces también me llenaron el puchero.

Al salir, lo que hice fue agenciarme las señas del Ejecutor de Altas Obras. Después, lo seguí a todas partes. Y vi que le compraban manteca de ahorcado para aliviar reumatismos y raspaduras de cráneo para aguantar la epilepsia; que despachaba los dientes de los suplicados para que la gente los usara como talismanes y que regateaba la mandrágora que crecía al pie de su patíbulo. Saqué en claro, pues, que el señor Deibler pasaba por brujo. Y quise aprender. Era de risa.

El Ejecutor de Obras Altas cierra su pequeña maleta y se acomoda las mangas de la camisa. Se acerca donde la mísera fantasma y dice:

Una menesterosa habituada a lo peor. No recitaba sino balaba versos en las calles y, al fin, los escribía en papelitos sueltos y sucios a cambio de limosna. Gimoteaba utilizando el vocabulario francés entreverado con jerga española. Cuando pasé a su lado ella exclamó

algo que no entendí; al notar mi enfado, y embozando con un trapo sus encías carcomidas por el escorbuto, comentó que se trataba de unos versos de amor. Mantuvo su mano estirada hasta que le entregué una moneda y garrapateó en un pedazo de diario, con un trozo de carbón, lo que había recitado.

La pordiosera alza una tirita rasgada de periódico, la lee y canta:

Madre y hermana muerte

Tú, que ayer eras toda la hermosura

Eres también todo el amor, ahora

El Ejecutor de Obras Altas repite con una incómoda y amarga sonrisa, titubeando:

Sí. Eres todo el amor, ahora...

El fantasma de la mujer se ríe mientras bota la tirita de periódico; luego, recoge el platito de arcilla en el que tintina una moneda, la empalma y la mete en un bolsillo de su pollera; luego, pone el platito en el zurrón, se lo echa a la espalda y se pone de pie, fatigosamente. Hace una genuflexión burlona a Deibler y se marcha cojeando. De pronto, el Ejecutor de Obras Altas parece acordarse de algo y gira en dirección a los otros espectros y la muñeca, que yace quieta y completamente desnuda.

¡Largo de allí!, grita.

Deibler recoge el cilindro de metal con perforaciones y, enarbolándolo como un sable, avanza hacia los dos fantasmas y la autómeta.

¡Largo!

Los espectros aferran los tambores que guardan sus cabezas y salen de escena con dignidad, sin revelar temor. El Ejecutor de Obras Altas, que se muestra agotado, llega hasta la muñeca y la contempla dilatadamente. En su desnudez, ella permite ver los engranajes y válvulas que asoman entre los huecos de sus maderas. Luce del todo desvalida.

Deibler murmura:

Madre y hermana muerte...

Va hacia el espinazo de la muñeca y gira poco a poco la manivela de bronce. Los dedos de la autómatas inician su trabajo: el vesánico inicio del tercer movimiento del Segundo Concierto para piano y orquesta, Op. 16, de Prokófiev. Anatole Deibler la escucha y examina fascinado. Pasan los segundos. Cuando la música del clavecín entra a mezzopiano, el Ejecutor de Obras Altas enarbola el cilindro de metal y, con toda la energía de que es capaz, haciendo un molinete casi horizontal, descarga el pesado objeto sobre el cuello de la muñeca y la decapita. Después, continúa con fiereza dando golpes encima de todo el cuerpo de la autómatas, astillándola, desmembrándola, rompiendo paulatinamente cada sector de sus articulaciones.

Masculla:

Si ya no quieres ser de carne y hueso, anda a que te lloren las piedras.

Imprevistamente, Deibler se lleva la mano al pecho, adolorido. Deja caer de su mano el cilindro; mareado, busca torpemente un apoyo, un lugar donde calmarse. Respira con enorme dificultad.

La crisis dura un poco más, pero pasa. El Ejecutor de Obras Altas vuelve a observar las menudencias que dejó de la muñeca. Va irguiéndose con pesadumbre, sin dejar de mirarla, y

cansinamente retira de sus pantalones y camisa algunas minúsculas astillas. Va hacia el librero, busca algo, lo encuentra: es un disco de carbón. Pone el disco, gira la manivela del gramófono azul y, apaciblemente, el escenario se llena con una voz sensitiva de tenor interpretando el aria de Nadir 'Je crois entendre encore', del Acto 1 de Les Pêcheurs de Perles, de Georges Bizet. Cerrando los ojos, Deibler oye las primeras notas. Cuando el aria llega a los versos 'Aux clartés des étoiles / Je crois encore la voir', el Ejecutor de Obras Altas gira sobre sus talones y se encauza hasta la chimenea. Se toma su tiempo hasta que la prende. Luego, va recogiendo del piso los restos de la muñeca y los va echando sobre el débil fuego, que se atiza. Junta en un solo rebusco las vestimentas, los rollos de papel agujereado y las escasas piezas que no se llevó el fantasma de la pordiosera y echa todo al fuego. Al cabo se sienta a contemplar las llamas. Ha de transcurrir cerca de media hora antes de que se sofoquen.

Deibler regresa a la mesita donde ha escrito cada uno de sus diarios. Abre el cuadernillo número 39, desenrosca su pluma fuente y anota:

2 de febrero. Hoy he desarmado a mi otra Rosalie.

Cierra el cuadernillo y lo introduce en una valija de mano. Echa un último vistazo al escenario, especialmente a la chimenea. Se dispone a retirarse cuando se fija en la tirita de periódico que botó el espectro de la pordiosera. Da unos pasos, la recoge, la lee. La guarda en uno de sus bolsillos. Escucha el crujir de la aguja en el gramófono y procede a insertarla de nuevo al inicio de la pista. El aria de Les Pêcheurs de Perles vuelve a comenzar. El Ejecutor de Obras Altas se dirige hacia el fondo oscuro del escenario. Se abre una puerta. Sale.

Epílogo

Con Nocturno en Do menor, Op. 48, #1, de Chopin

Se dice en guasa que Henri Anatole Deibler, el Señor de París, el austero burgués del barrio Point-du-Jour, nunca fomentó la longevidad. Sin embargo, hay muestras de que, en el fondo, la gente pensaba lo contrario. Un ejemplo: John Gloster, un estibador inglés que padecía de tortícolis sediciosa, cruzó el Canal de la Mancha únicamente para ser atendido por el Ejecutor de Obras Altas; éste lo recibió, simuló ahorcarlo y lo curó. Otro ejemplo: vez que iba a provincias, a Deibler se le confiaba la consagración de las primicias de la cosecha y el matrimonio de aquellos jóvenes rechazados por la Iglesia. Otro ejemplo más: tras bañarse el Señor de París en una vertiente del río Saint-Cyr, los atacados por verrugas fueron a mojarse en aquellas aguas para sanarse. Por añadidura, la longevidad era uno de los atributos del Ejecutor de Obras Altas; sus 77 años de existencia lo prueban. Esto no quiere decir que le haya gustado la vejez, ya que el 21 de enero de 1939, entre paréntesis y al margen de una página de su diario, escribió: ‘Gracias a mi trabajo sé que cuanto más absurda es la vida, menos soportable es la muerte’, y estoy tentado a deducir que se refería no a los guillotizados, sino a él mismo.

Con respecto a lo que pudo suceder la noche previa a su defunción, sólo tengo especulaciones. De cualquier modo, me cuesta creer que la señorita Mirelle Deibler Rogis, su hija, no haya oído la bulla que el Ejecutor de Obras Altas hizo (de acuerdo a su diario) al destazar a su última compañera...

Curriculum vitae

César Silva-Santisteban

1219 PROSPECT STREET. / EL PASO, TX 79902

☎(919) 559-2116 ✉ csilva3@utep.edu

EDUCACIÓN

- 2006-2009 MFA en Creative Writing por la University of Texas at El Paso (UTEP).
- 1987-93 Estudios de Literatura y Filosofía en la Facultad de Letras y CC. HH. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- 1986-88 Estudios de Arte en la Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica de Lima.
- 1980-87 Estudios en Medicina Humana en la Facultad San Fernando de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

EXPERIENCIA LABORAL

- 2007-2009 Asesor de matrícula del Departamento de Creative Writing para alumnos de pre-grado.
- Editor de la revista *Río Grande Review*, del programa de Creación Literaria de UTEP.
- Instructor de Español en el Departamento de Language and Linguistics, University of Texas at El Paso (UTEP).

- 2002-2006 Editor General en la compañía de pre-prensa digital, diseño y publicaciones CECOSAMI S.A. (certificación ISO 9001:2000), en Lima, Perú.
- 2004-2006 Profesor de Narrativa en el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 2000-2002 Guionista de teleseries en Inca Films Producciones, de Francisco Lombardi.
- 1999-2000 Guionista de la teleserie *Gente como uno*, en el Canal A de televisión (desde octubre hasta enero).
- Jefe de Edición de las revistas *Rocsa Alerta* y *FarmaClub*, especializada en promoción farmacéutica, de la empresa Team Consultores de Marketing (desde abril de 1999 hasta noviembre de 2000).
- 1998-99 Asesor cultural de la Librería El Virrey de Lima (de septiembre a marzo).
- 1998 Guionista de la telenovela *Gabriela* en Panamericana Televisión S.A. (de enero a septiembre).
- Profesor de Literatura y Anatomía Artística en el Museo de Arte de Lima (de febrero a diciembre).
- 1997-98 Referencista en la Biblioteca de la Facultad de Derecho y CC. PP. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (de noviembre a abril).
- Profesor asistente en el curso Introducción a la Filosofía, en la Facultad de Letras y CC.HH. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (de marzo a junio).
- 1996-97 Profesor de Literatura y Anatomía Artística en el Museo de Arte de Lima.
- Editor Asistente en el diario *Data News*, especializado en Sistemas e Informática.

1994-96 Bibliotecario-referencista en la Biblioteca de Letras y CC. HH. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (desde abril del 94 hasta noviembre del 96).

Asistente de Cátedra de Metodología del Trabajo Intelectual, curso de la Escuela de Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (de agosto a diciembre del 96).

1993 Profesor y tutor en el Colegio Waldorf-Lima, en las especialidades de Literatura y Filosofía (de marzo a noviembre).

Profesor de Apreciación Musical en el Museo de Arte de Lima (enero a marzo).

1992-90 Asesoramiento particular en la elaboración y corrección de Tesis y Tesinas.

Profesor particular de Biología y Filosofía.

PONENCIAS

2008 *El cuento breve y el relato fantástico*. Conferencia 'on line' pronunciada para el Centro de Altos Estudios Literarios «Antonio Cornejo Polar» y la Universidad Mayor de San Marcos (agosto).

2006 *La literatura en la correspondencia de Mozart*. Conferencia 'on line' pronunciada en la University of Texas at El Paso y transmitida al Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica de Lima (octubre).

2005 *La literatura de Milla Batres*. En el Instituto «Raúl Porras Barrenechea» de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (noviembre).

- 2004 *Los rostros de Narciso*, sobre un cuento fantástico de Julio Ramón Ribeyro. En el Instituto «Raúl Porras Barrenechea» de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (junio).
- 1999 *La ética del héroe*, en el anfiteatro de la Facultad de Letras y CC. HH. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (noviembre).
- 1998 *Borges: bibliotecario y artífice*, en la Escuela de Bibliotecología de la Facultad de Letras y CC. HH. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (abril).
- 1997 *La dimensión onírica en un cuento de Yasunari Kawabata*, en el Instituto «Raúl Porras Barrenechea» de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (septiembre).

PUBLICACIONES

- 2008 Libro *Colección mínima* (antología).
- 2004 Libro de narraciones *Fábulas y Antifábulas*.
- 2000 Poemario *La soledad de los muertos*.
- 1988 Libro de ensayos *Simple opiniones*.
- 1983-2009 En diarios (*La República, El Mundo, El Observador, El Comercio*), revistas no especializadas (*Caretas, Socialismo y participación*) como de especialidad (*Revista de Crítica Latinoamericana, Patio de Letras*) y en libros (publicaciones de la PUCP, de Doxa Ediciones, de Editorial Caballo Rojo, del Instituto Peruano Japonés, del Cuento de las Mil Palabras y del Premio Copé).

IDIOMAS

<i>Español:</i>	Lengua materna
<i>Inglés:</i>	Medio superior
<i>Francés:</i>	Básico superior
<i>Italiano:</i>	Básico